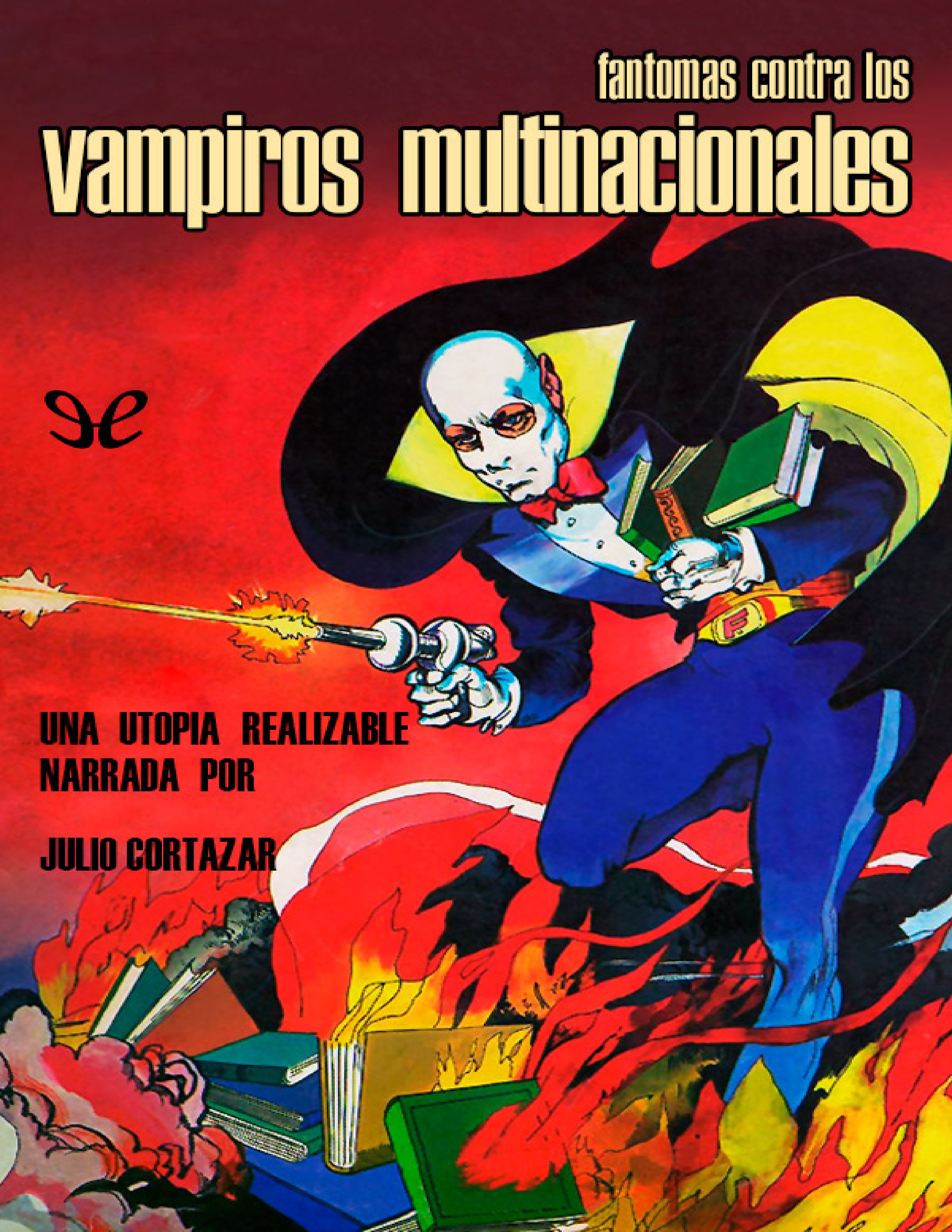

fantomas contra los
vampiros multinacionales
UNA UTOPIA REALIZABLE
NARRADA POR
JULIO CORTAZAR

En el mundo entero están desapareciendo las obras de los grandes escritores. Alguien las está robando, la cultura en pleno va a desaparecer si alguien no pone remedio. Cortázar pone en manos del supuesto héroe, el famoso Fantomas, la posibilidad de ejercer su poder y arreglar el asunto.



Julio Cortázar

Fantomas contra los vampiros multinacionales

ePub r1.2
Titivillus 16.04.17

Título original: *Fantomas contra los vampiros multinacionales*
Julio Cortázar, 1975
Ilustraciones: Víctor Cruz
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Julio Cortázar cede los derechos de autor de esta historieta al Tribunal Russell

De cómo el narrador de nuestra fascinante historia salió de su hotel en Bruselas, de las cosas que vio por la calle y de lo que le pasó en la estación de ferrocarril.

La reunión de Bruselas del Tribunal Russell II había terminado a mediodía[1], y el narrador de nuestra fascinante historia tenía que regresar a su casa de París, donde lo esperaba un trabajo bárbaro, razón por la cual no tenía demasiadas ganas de volver; esto explicaba su tendencia a demorarse en los cafés, mirar a las chicas que paseaban por las plazas y revolotear por todas partes como una mosca en vez de encaminarse a la estación.

Ya tendría tiempo en el tren para reflexionar sobre lo sucedido en esa dura semana de trabajo; por el momento sólo le había interesado cerrar los ojos del pensamiento y dedicarse a no hacer nada, cosa que según él merecía de sobra. Le encantaba la vagancia por una gran ciudad, deteniéndose en las vitrinas, tomándose un café o una cerveza cada tanto en lugares donde la gente hablaba de otras cosas y vivía de otra manera, y sobre todo mirando a las chicas belgas, que como todas las demás chicas de este mundo eran esencialmente mirables y admirables. Fue así como nuestro narrador pasó largas horas derivando, caboteando, orzando y anclando en diferentes lugares de Bruselas, hasta que bruscamente entre dos tragos de una ginebra y la pitada al cigarrillo que se situaba exactamente entre los susodichos tragos, se dio cuenta de algo curioso: la presencia inconfundible de una multitud de latinoamericanos en los lugares más diversos de la ciudad.

Recapitulando (se le iba a ir el tren, pero por otra parte estaba ya a una cuadra de la estación y con un buen sprint llegaría a tiempo) se acordó de los dos dominicanos hablando animadamente en la plaza mayor, del boliviano que le explicaba a otro cómo comprarse una camisa en un supermercado del centro, de los argentinos que dudaban de la calidad del café antes de animarse con gran palmada en los hombros y entrar en un local de donde acaso saldrían agonizando. Pensó en las chicas (¿colombianas, venezolanas?), cuyo acento lo había decidido a arrimarse lo más posible, sin hablar de las minifaldas que constituían otro poderoso motivo de interés. En resumen, Bruselas parecía sensiblemente colonizada por el continente latinoamericano, detalle que al narrador le pareció extraño y bello al mismo tiempo. Pensó que una semana de trabajo en el Tribunal, donde el español había sido la lengua dominante, lo sensibilizaba demasiado a los fenómenos meramente turísticos; pero a la vez tuvo la impresión de que no era así y que hasta el aire olía a pampas, a sabanas y a selvas, cosa más bien infrecuente en una ciudad tan llena de belgas y cervecerías.

"Exilados, claro", pensó el narrador. "No tiene nada de extraño ni aquí ni en cualquier parte. De Chile, del Uruguay, de Santo Domingo, de Brasil; exilados. De Bolivia, de Colombia, la lista era larga y siempre la misma; exilados. Algunos habrían acudido para asistir a las sesiones del Tribunal Russell, para dar testimonio de persecución y de tortura; otros ya estaban ahí, ganándose la vida como podían o sobreviviendo en un mundo que ni siquiera era hostil, simplemente otro, distante y ajeno. En Munich, en París, en Londres era lo mismo, las voces latinoamericanas, los gestos reconocibles, las sonrisas o los largos, melancólicos silencios. Turismo: la mera palabra era un insulto, una bofetada. Bien se distinguía a los turistas, su manera de vestir y su aire de vacaciones. De todos los que acababa de ver, acaso solamente las dos chicas venezolanas eran turistas; el resto estaba ahí barrido por el odio de lejanos déspotas, haciendo frente a su destino de incierto término. Los exilados, el vago perfume de pampas y sabanas y selvas".

Arrancándose a una tristeza inútil, el narrador franqueó casi supersónicamente la distancia que lo separaba de la estación. El viaje sería largo, y pensó comprar un diario o una revista; vio el kiosco multicolor a la entrada de los andenes, y como faltaban siete minutos para el rápido de París, se abalanzó hacia la posible lectura. No contaba con lo imprevisible, en forma de una señora anteojuda y agazapada en su reducto de papeles impresos, que lo miró severamente y se quedó esperando.

—Señora —dijo estupefacto el narrador después de echar una ojeada al kiosko—, aquí lo único que se ven son publicaciones mexicanas.

—Qué le va a hacer —dijo resignadamente la señora—, hay días en que pasa cualquier cosa.

—Pero es imposible, usted me está engañando y ha escondido los diarios belgas.

—*¿Moi, monsieur?*

—Sí, señora, aunque las razones de su insólita conducta me parezcan más bien inconcebibles.

—*Ah, merde alors* —dijo la vieja—, a mí no me venga con reclamaciones, yo vendo lo que el concesionario me pone en los estantes, bastante tengo con las várices y con mi esposo que se pescó la radiactividad por culpa de las merluzas contaminadas, dígame si es vida.

—¿Entonces yo, señora, si quiero enterarme de la marcha de la historia de aquí a París, tengo que zamparme un diario azteca?

—Mire, señor —observó sorpresivamente la vieja—, la historia viene a ser como un bife con papas fritas, uno lo pide en cualquier lado y siempre tiene el mismo sabor.

—De acuerdo, pero…

—Vaya a saber —dijo la señora—, porque ahora que uno lo piensa despacio, eso de los diarios mexicanos viene a ser más bien una tomada de pelo, ¿no le parece?

—Menos mal que usted lo admite —se alegró el narrador—. Qué diablos, México no está a dos cuadras de Bélgica, y…

—Seguro —dijo la señora—, esos países quedan por el lado del Asia, es sabido. ¿A usted le parece que en México la merluza está también contaminada?

—Yo la merluza casi no la conozco —confesó el narrador—, el vacuno me invade el menú, qué le va a hacer.

Es una lástima —dijo la señora, porque gratinada y con una coronita de perejil es propiamente regia, sin contar que por la noche uno apaga la luz y fosforece, viera qué hermosura en el medio de la fuente, el médico dirá lo que quiera pero la radiactividad tiene su encanto.

—¿Y yo esta revista tengo que pagársela con águilas mexicanas, señora?

—De ninguna manera, el concesionario no acepta pájaros, aquí estamos en Bélgica y usted me garpa dos francos por esta revista.

—Se me va el tren, señora —dijo agitado el narrador.

—Culpa suya, señor, por no tener cambio. Dos, tres, cuatro, cinco, y este de cinco y otro de cinco que hacen quince, espere que no tengo más monedas, entonces le doy uno, dos, tres, cuatro y cinco, total veinte, *merci beaucoup*.

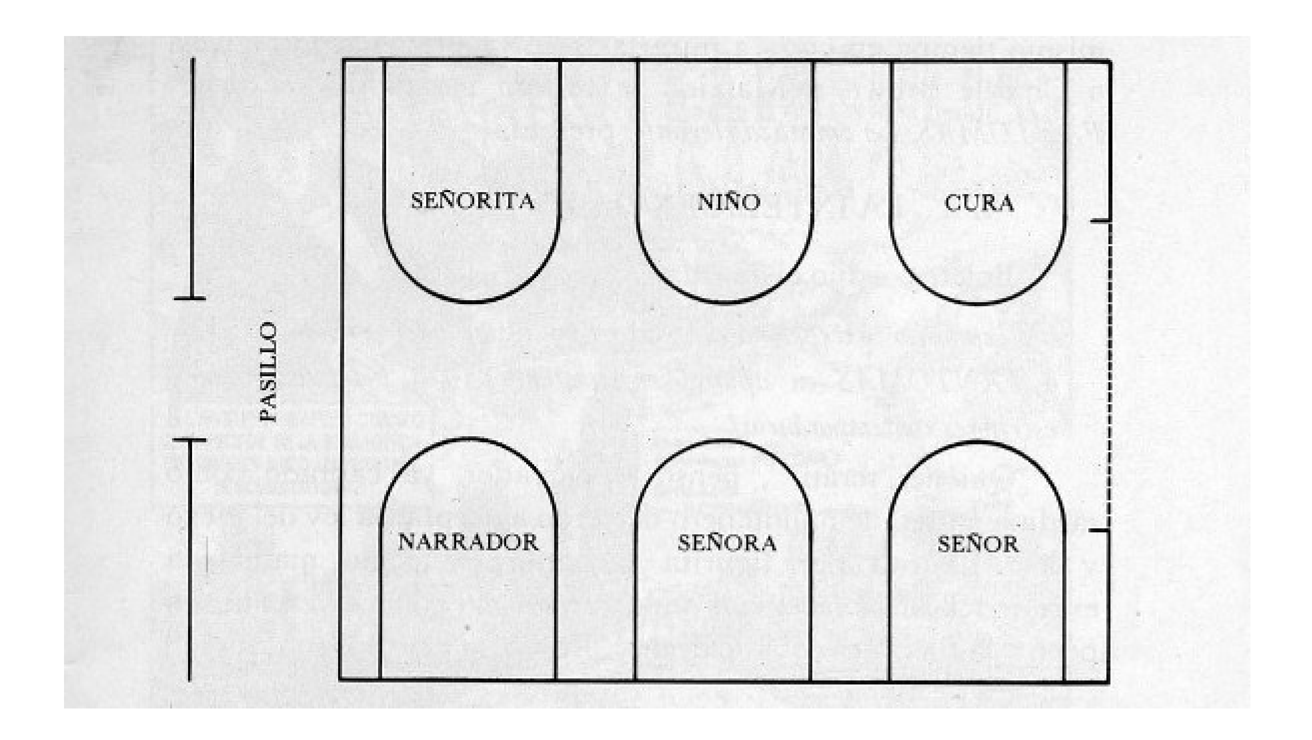
—Qué andén será, Dios querido.

—El cuatro, señor, todos los trenes para París salen del cuatro, menos algunos que salen del ocho, y ahora que me acuerdo hay otro por la tarde que…

De cómo el narrador alcanzó a tomar el tren *in extremis* (y a partir de aquí se terminan los títulos de los capítulos, puesto que empiezan numerosas y bellas imágenes para dividir y aliviar la lectura de esta fascinante historia).

Provisto de lectura en la forma que se acaba de explicar, el narrador trepó al expreso de París que ya tomaba velocidad, y después de catorce vagones protuberantes de turistas, hombres de negocios y una excursión completa de japoneses, dio con un compartimiento para seis, donde ya cinco confiaban en que con un poco de suerte tendrían más espacio. Pero plok, el narrador puso la valija en la red y se constituyó del lado del pasillo, no sin prospectar en el asiento de enfrente a una rubia que empezaba por unos zapatitos con plataforma de lanzamiento estratosférico y seguía en sucesivas etapas hasta una cápsula platinada envuelta ya en el humito que precede al cero absoluto en Cabo Kennedy.

O sea que estos ñatos estaban así:



Lo más desagradable era que el cura, la señorita y el señor enarbolaban sendas publicaciones en el idioma nacional, tales como *Le Soir*, *Vedettes Intimes*, etcétera, razón por la cual parecía casi idiota abrir una revistita llena de colorinches en cuya tapa un gentleman de capa violeta y máscara blanca se lanzaba de cabeza hacia el lector como para reprocharle tan insensata compra, sin hablar de que en el ángulo inferior derecho había un avisito de la Pepsi Cola. Imposible dejar de advertir por lo demás que la rubia platinada desprendía una ojeada cibernética hacia la revista, seguida de una expresión general entre parece-mentira-a-su-edad y cada-día-se-nos-meten-más-extranjeros-en-el-país, doble deducción que desde luego dificultaría toda intentona colonizadora del narrador cuando empezara a reinar la atmósfera solidaria que nace en los compartimientos de los trenes después del kilómetro noventa. Pero las revistas de tiras cómicas tienen eso, uno las desprecia y demás pero al mismo tiempo empieza a mirarlas y en una de esas, fotonovela o Charlie Brown o Mafalda se te van ganando y entonces *FANTOMAS*, *La amenaza elegante*, presenta

LA INTELIGENCIA EN LLAMAS

—Boletos —dijo el guarda.

Un episodio excepcional… arde la cultura del mundo… ¡Vea a FANTOMAS en apuros, entrevistándose con los más grandes escritores contemporáneos!

“¿Quiénes serán?”, pensó el narrador, ya captado como sardina en red de nailon pero decidido a aceptar la ley del juego y leer figurita por figurita sin apurarse como manda la experiencia de placer que todo zorro viejo conoce y acata, un poco a la fuerza es cosa de decirlo. En fin, la cuestión era que


LA INTELIGENCIA EN LLAMAS
EL MISTERIO EMPEZÓ CUANDO EL DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA DE LONDRES HIZO UN TERRIBLE DESCUBRIMIENTO.
ARGUMENTO
DIBUJO
EN LA SECCIÓN CORRESPONDIENTE A LIBROS RAROS, ANTIGUOS Y ORIGINALES, FALTABAN NO MENOS DE 200.
AYER ESTABAN ALLÍ. ¿QUÉ PASARÍA?
CON SU ACOSTUMBRADA FLEMA BRITÁNICA, APUNTÓ LA EXTRAÑA AUSENCIA Y SIGUIO SU INSPECCIÓN..
PEDIRÉ UN INFORME DE ESTO A LA SECCIÓN DE RESTAURACIÓN DE INCUNABLES.

Cosa de entrar en conversación, hubiera sido tan agradable poder mostrarle una de las primeras figuras a la nena platinada y decirle: “¿A usted le parece que este señor tiene aire de ser el director de la biblioteca de Londres?”, para que ella renunciara por fin a sus *Vedettes Intimes* con tanto Alain Delon y Romy Schneider, porque en realidad ese señor parecía sobre todo un general retirado de Guadalajara, pero la sofisticada pasajera seguía línea a línea las incidencias matrimoniales de Sylvie Vartan, de manera que hubo tiempo de sobra para que el director de la biblioteca descubriera la ausencia de doscientos incunables, razón por la cual llamó horrorizado al patio escocés, más conocido por Scotland Yard, y el inspector Gerard, en fin, cualquiera podía asistir a la escena puesto que



—¿No le molesta que fume?

—Al contrario, casualmente iba a pedirle fuego —dijo la nena platinada extrayéndose con algún esfuerzo del divorcio de Claudia Cardinale.

—Se me ocurre que usted es italiana —dijo el narrador—, algo en el acento o en el pelo.

—Soy romana —dijo la nena, con gran éxito por parte del cura que le sonrió ecuménicamente.

—Justamente en Roma están pasando cosas terribles —dijo el narrador —, fíjese aquí.



—Non e possibile! —se contorsionó la nena después de mirar fijamente al diariero que anunciaba las nefandas nuevas—. ¿Se da cuenta que además han destrozado la biblioteca?

El narrador prefirió pasar por alto la ligera laguna cultural, máxime cuando lo que sucedía en la revista rebosaba de cultura, las bibliotecas europeas descubrían la desaparición de las obras de Víctor Hugo, Gautier, Proust, Dante, Petrarca y Petronio, sin hablar de manuscritos de Chaucer, Chesterton y H.G. Wells, y en ese mismo momento una pareja joven y esbelta salía de un teatro donde se representaba *La ópera de tres centavos* y la chica en cuestión parecía ávida de saber como podía comprobarse fácilmente seis figuritas más adelante



El astuto narrador había comprendido ya que el muchacho rubio era-nada-menos-que-Fantomas, y antes de que las cosas empezaran a precipitarse decidió cerrar la revista y los ojos (la nena rubia lo ninguneaba de nuevo, sumida en los graves problemas financieros del pobre Aristóteles Onassis) y resbalar despacito en el tobogán de la fatiga. Ocho días de trabajo en el Tribunal Russell, con una última reunión hasta la madrugada, horas y horas escuchando a relatores y testigos que aportaban pruebas sobre la represión en tantos países de América latina y el papel de las sociedades transnacionales en el pillaje de las economías y la dominación en el plano político



y paralelamente, porque la dominación económica exigía otras dominaciones, otros cómplices y otras víctimas, la repetición hasta la náusea de testimonios sobre el asesinato, la tortura, la persecución, las cárceles en Chile, Brasil, Bolivia, Uruguay y no pare de contar. Como un símbolo que ya nadie nombraba, la sombra ensangrentada del Estadio Nacional de Santiago, el narrador creía escuchar otra vez las voces que se sumaban a lo largo del tiempo y los países, la voz de Carmen Castillo narrando ante el Tribunal la muerte de Miguel Enríquez, la voz de los jóvenes indios colombianos denunciando la implacable destrucción de su raza, la voz de Pedro Vuskovic presentando el acta de acusación y pidiendo la condena del gobierno norteamericano y de sus múltiples cómplices y sirvientes en la incesante violación de los derechos humanos y del derecho de cada pueblo a su autodeterminación y a su independencia económica. Cada tanto, como una obstinada recurrencia, alguien subía para dar testimonio de muertes y torturas, un chileno que mostraba las técnicas empleadas por los militares, un argentino, un uruguayo, la repetición de infiernos sucesivos, la presencia infinita del mismo estupro, del mismo balde de excrementos donde se hunde la cara de un prisionero, de la misma corriente eléctrica en la piel, de la misma tenaza en las uñas. Y al salir de todo eso (de la representación mental de todo eso, podía corregir el narrador) se entraba de nuevo en lo personal (pero entonces lo personal también debía ser una representación mental de la vida, una cortina de humo, un cómodo tren Bruselas-París, un número de *Fantomas*, un cigarrillo negro, una nena platinada cuyo tobillo acababa de rozar el suyo y era promisor y tibio aunque Onassis y Romy Schneider), una mera representación mental de la vida si todo lo otro se borraba con un simple parpadeo y un cambiar de tema. “No se borra”, pensó el narrador, “en todo caso a mí no se me borra”, y ningún tobillo tibio borraría nada aunque valiera como tobillo, como promesa de patita toda entera, una vez más esa difícil conquista de un equilibrio en el que la vida cesara de ser su propia representación y se buscara desde adentro y hacia adentro. Y aun así, qué difícil escapar al calambre de la culpabilidad, de no hacer lo suficiente, ocho días de trabajo para qué, para una condena sobre el papel que ninguna fuerza inmediata pondría en ejecución, el Tribunal Russell no tenía un brazo

secular, ni siquiera un puñado de Cascos Azules para interponerse entre el balde de mierda y la cabeza del prisionero, entre Víctor Jara y sus verdugos. (“Pórtese bien”, le estaba diciendo el señor al niño, cuyo portarse mal parecía consistir únicamente en jugar con una bolita de vidrio, hacerla saltar entre sus manos y recogerla cada tanto del suelo).

Adelantándose a sus palabras, el narrador le alcanzó fuego a la nena platinada. Para muchos portarse bien era eso, no salirse del molde social, un niño bien criado no juega con bolitas en un tren, un hombre que vuelve de un tribunal no se pone a leer tiras cómicas ni imagina los pechitos de una chica romana; o bien sí, lee la tira cómica e imagina los pechitos pero *no lo dice* y sobre todo *no lo escribe* porque inmediatamente le caerá encima uno de esos fariseísmos de la gente seria que para qué te cuento. Casi divertido (aunque lo jodiera la cosa, el calambrecito de la supuesta culpa) el narrador pensó que alguien muy querido había dicho que el primer deber de un revolucionario era hacer la revolución, frase que andaba engolando muchos pescuezos en tierras calientes y templadas, pero a nadie se le ocurría reparar en esa mención casi marginal de “primer deber”, un deber al que seguían otros puesto que ése era el primero. Y esos otros no habían sido enumerados porque no hacía falta, porque al decir esa frase el Che había mostrado una vez más su humanidad maravillosa, había dicho “el primer deber” mientras tanto otros hubieran dicho “el único deber”, y en ese pequeño cambio de nada, una palabrita por otra, estaba el gran matete, la diferencia capital no solamente en las conductas del presente sino en el destino aún tan lejano de cualquier revolución hecha o por hacer. “Razón por la cual”, resumió el narrador, “vamos a entrarle a *Fantomas* como epítome de mi punto de vista en la materia, y a buen entendedor etcétera”. Tenía esa mala costumbre de pensar como si estuviera escribiendo, y viceversa dicho sea de paso.

—Hace un calor terrible —dijo la señora, despertándose de una siesta benemérita.

Todo el mundo salvo el niño miró en diversas direcciones en busca de las manijas o llaves que siempre responden a tales opiniones, y fue el cura quien la encontró casi debajo de su sotana y hubo un gran intercambio de sonrisas satisfechas. Para ese entonces el muchacho rubio se había enterado

de las terribles noticias sobre la desaparición de libros de autores famosos y el diálogo final con su amiga era sumamente romántico.



El salto a la página siguiente era más bien brusco incluso en el plano de la moralidad y las buenas costumbres, porque en efecto el muchacho rubio era Fantomas que, revestido ya de una inexplicable máscara blanca, se instalaba en su harén cibernético, rodeado de digamos secretarias en minifalda que respondían a los nombres del zodíaco, idea delicada, y de toda clase de télex, teléfonos electrónicos y otros dispositivos tecnológicos. Justo a tiempo, porque la negrita Libra y el morochón Piscis se precipitaban hacia su amo y señor para anunciarle que acababa de arder la biblioteca de Calcuta, seguida de un incendio padre en la de Tokio, cuyo edificio valía una ojeada



a las que casi inmediatamente se sumaron las de Bogotá y la de Buenos Aires.

"Menos mal que Borges ya se jubiló", se dijo el narrador que empezaba a compartir el cultísimo ambiente de la historieta. Pero no le quedó tiempo para meditar sobre la providencial salvación del ilustre escritor porque ya Libra volvía más negrita que nunca con la aterradora noticia de que acababan de desaparecer todas las Biblias, todas las Divinas Comedias y toda novela de Dostoyevsky (sic). Lo peor parecía ser la Biblia, pues en la televisión se agarraban la cabeza: "Es inexplicable cómo pudieron desaparecer todas las Biblias, calculadas en mil millones de ejemplares, repartidas en todo el mundo…"

Estupefacto ante la licuefacción de semejante best seller, el narrador no pudo menos que decírselo al cura, era su deber más elemental y no trepidó en mostrarle la figurita correspondiente, aunque la vestimenta de Libra y lo que se alcanzaba a sopesar visualmente en Piscis no parecía demasiado recomendable para eclesiásticos. Hubiera preferido no escribirlo por obvio, pero el cura se puso del color de la ceniza y presa de un soponcio momentáneo, sólo atinó a decir: "¡Coño!" Más elocuente fue el señor, quien luego de enterarse de lo sucedido se enderezó en toda su estatura, que no era mucha, y bramó:

—¡Mi ejemplar de puño y letra de Gutenberg! ¡Es un complot de la masonería!

Una frenada más bien grosera les probó que ya estaban en París, y la salida del compartimiento resultó confusa por la mezcla de lágrimas, valijas y despedidas, sin habar de que la nena platinada, por lo visto indiferente al sentimiento religioso o bibliotecológico reinante, se mandó mudar la primera antes de que el narrador pudiera rescatar la revista y bajar su maleta, por lo cual el viaje en taxi hasta el Barrio Latino fue más bien melancólico y sin ningún tobillito que le diera esperanzas para esa noche y las siguientes. Una vez en su departamento, bañado y con un buen trago, los dos kilos de cartas por abrir que lo esperaban le impidieron seguir enterándose del bibliocidio, y cuando al fin decidió volver a la revista le ganaron de mano con el toque característico de las llamadas de larga distancia. Todavía inmerso en el aura cultural, pensó que a lo mejor era su querido Juan Carlos Onetti que se había vuelto loco y lo llamaba después de veintitrés años de silencio, pero apenas escuchó un musgo afelpado, un lento terciopelo penumbroso, supo que era Susan Sontag y le brincó un diástole de alegría porque tampoco Susan era de las que se prodigan en el teléfono.

—Estás enterado, claro —dijo Susan.

—¿De qué? ¿De dónde me hablas? ¿Porqué tengo la impresión de que se trata de algo malo, y eso que no soy telépata ni vidente?

—Lo mío no interesa —dijo Susan—, pero después que me rompieron las piernas tuve tiempo para pensar que…

—*¿Las piernas?*

—Ah, entonces *no* estás enterado. ¿Pero cómo puedes no estar enterado si Fantomas te llamó por teléfono antes que a mí?

Lo malo en este tipo de diálogo, solía decirse el narrador, es que se prolongan muchas páginas porque se componen sobre todo de monosílabos, gritos, preguntas espasmódicas, inicios de explicación cortados por nuevas preguntas, y tendencia recíproca a insultarse por la falta de rapidez mental. Todo eso sucedió tal cual, pero podía resumirse de todas maneras en una frase de Susan: “Cuelga y sigue leyendo, estúpido. Y anota mi teléfono para llamarme después”.

Cosa que así se hizo, y bastó abrir la revista ahí donde la frenada del grosero maquinista había interrumpido la lectura para encontrarse con una

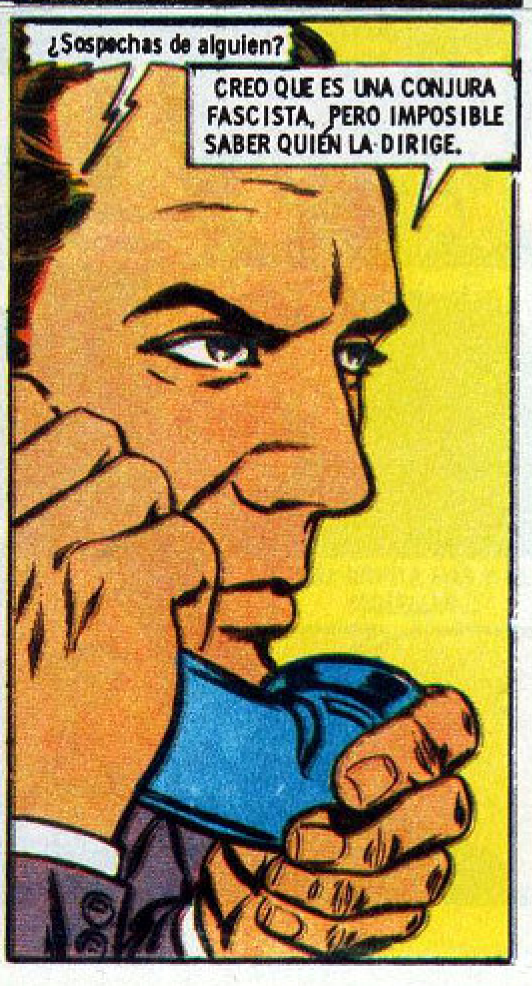
orden de Fantomas a Libra:



A Libra no debían gustarle demasiado los hermosos e inteligentes libros del narrador, pues a pesar del orden de llamadas indicado por Fantomas, el primero en manifestarse fue el penúltimo:


EL SEÑOR ALBERTO MORAVIA (*), DESDE ROMA, SEÑOR.
MAGNÍFICO.
(*).- EMINENTE ESCRITOR ITALIANO CONTEMPORÁNEO.


Alberto, ¿como estás?
CONSTERNADO, FANTOMAS. YA PUEDES IMAGINÁRTELO.


¿Sospechas de alguien?
CREO QUE ES UNA CONJURA FASCISTA, PERO IMPOSIBLE SABER QUIÉN LA DIRIGE.


Y NO SABES LO PEOR, FANTOMAS. HE RECIBIDO AMENAZAS. "SI ESCRIBE UN SOLO LIBRO MÁS, MORIRÁ". ¿QUÉ TE PARECE?

Y aunque el narrador tenía la muy cuestionada costumbre de residir en París, se hizo presente desde Barcelona, lo cual lo halagó muchísimo porque esa especie de don de ubicuidad hubiera debido bastar como explicación de muchas cosas más bien insólitas que estaban sucediendo.


EL SEÑOR JULIO CORTÁZAR (*) EN BARCELONA, SEÑOR.
ÉL DEBE SABER ALGO.
(*). - GRAN ESCRITOR ARGENTINO, CONTEMPORÁNEO.
ME ALEGRO QUE ME LLAMARAS, FANTOMAS.
¿Qué se dice en Barcelona (*) de esta ola destructiva de libros?
AL PRINCIPIO LOS EDITORES BAILABAN DE GUSTO: VEÍAN UN GRAN NEGOCIO DE MILLONES DE REEDICIONES.
¡Fenicios!
EL GOZO SE FUE AL POZO CUANDO RECIBIERON ANÓNIMOS AMENAZADORES: MORIRÍAN EN CASO DE QUERER SUSTITUIR LAS EDICIONES QUEMADAS.
Interesante...
¿Y tú, Julio? ¿No has sido amenazado?
OTRA NOVELA MÁS Y ME DEGÜELLAN.

A Moravia lo habían amenazado con matarlo; al narrador también, pero especificando que lo degollarían. Mientras se disponía a enterarse del último llamado telefónico de Fantomas, pensó con un vago horror en esa especificación, pensó en el pasado y el presente de su país, en el retorno de un estado de cosas en el que las peores torturas parecían moneda corriente. Muy atrás, en la pantalla alargada del siglo pasado, galopaban en el recuerdo los mazorqueros de Juan Manuel de Rosas, un primer plano mostraba sus facones en la garganta de los prisioneros unitarios, la lenta "refalosa" descrita por Esteban Echeverría y por Hilario Ascasubi, el filo que poco a poco se abre paso en los tejidos mientras la víctima mantenida en pie por los verdugos asiste a su propia horrible muerte y oye decir: "No se queje, amigo, a su madre le dolió más parirlo". Cosas así sucedían diariamente en Buenos Aires, en las provincias, con música de radio apagando los alaridos, con noticias de diarios amordazados por el miedo que lo reducían todo a términos como mutilaciones, apremios y vejámenes, la misma Mazorca elogiada en actos públicos, la misma barbarie presentada como reconquista de una patria en la que se hundían hora a hora los cuchillos de la desgracia y el desprecio. Pero sus reflexiones fueron cortadas por ese otro degüello tecnológico que es el teléfono, Fantomas, sombrío, llamaba a alguien sentado detrás de un vidrio roto:



EL SEÑOR OCTAVIO PAZ (*), DESDE MÉXICO.
¡VENGA!
(*).- GRAN POETA Y ENSAYISTA MEXICANO CONTEMPORÁNEO.
¿CÓMO ESTÁS, OCTAVIO?
MUY MAL, FANTOMAS. ESTE ASUNTO MUNDIAL SOBRE LOS LIBROS ME TIENE DEPRIMIDO.



¿Mucho problema en México?
YA NO SE ENCUENTRA UN SOLO EJEMPLAR DE FUENTES, YÁÑEZ, RULFO Y ARREOLA (*).
(*).- ESCRITORES MEXICANOS CONTEMPORÁNEOS.



¡Qué desastre!
LA GENTE LLORA EN LA CALLE.

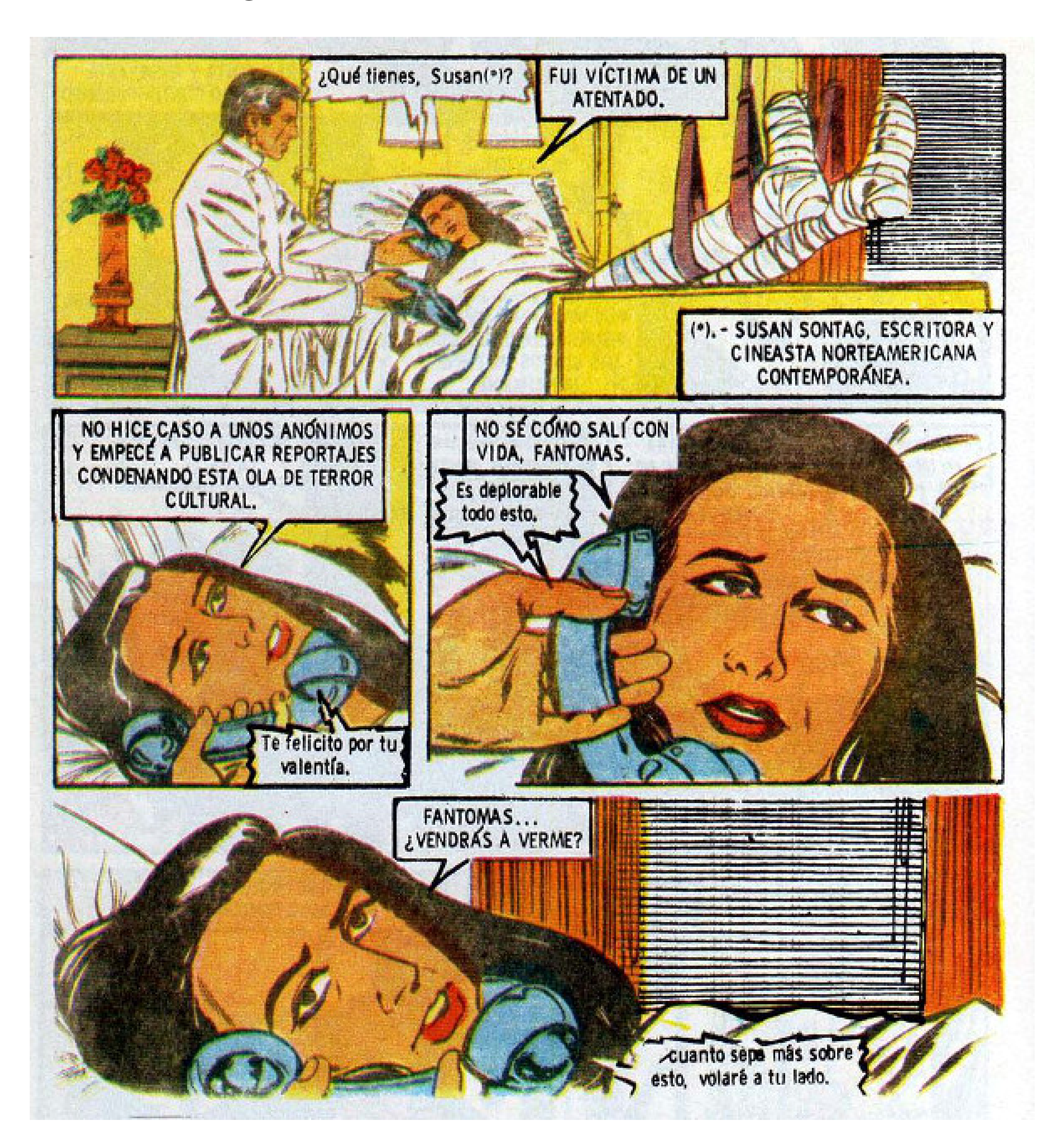


¿Alguna dificultad personal?
HACE UNAS HORAS TRATARON DE INCENDIAR MI CASA UNOS DESCONOCIDOS QUE HUYERON EN COCHES VIEJOS SIN PLACAS.



POR EL AMOR QUE PROFESAS AL ARTE, ¡HAZ ALGO FANTOMAS!
¡Lo haré, dalo por seguro!

Ya no tenía por qué esperar más, llamó a la clínica de Los Angeles y Susan parecía estar esperándolo, le hizo una broma por su lentitud mental y le contó su diálogo con Fantomas:



—Ya veo —dijo el narrador—. ¿Fue a visitarte?

—Llegará esta noche o mañana, pero ya sé todo. Las dos cosas.

—¿Las dos cosas, Susan?

—Sí, demorado. Mirá, estos matasanos de la clínica no me dejan hablar mucho tiempo, pero precisamente por eso te lo voy a explicar con todo detalle. Ni siquiera necesitas leer el final de la historia, porque es perfectamente falsa.

—No entiendo nada, Susan.

—Tú pagarás la comunicación y yo me aburro en esta cama, de modo que escucha. La primera cosa es la falsa, quiero decir el final de la historia, y apenas llegue Fantomas le demostraré que ha perdido el tiempo. Al pobre le llevó un par de días descubrir la pista y enterarse de que una secta de psicóticos, dotados de medios electrónicos de destrucción, habían declarado la guerra a la cultura y lanzaban una ofensiva contra los libros allí donde estuvieran, soltándoles una lluvia de rayos láser o cualquiera de esas porquerías con nombres vistosos. La investigación terminó en París, donde un tal Steiner empezó a negar su culpabilidad, y entonces…


¿CONQUE USTEDES COMANDAN "LA ESPADA DE GABRIEL"? ¿QUÉ PERSIGUEN DESTRUYENDO LIBROS?
SE EQUIVOCA, FANTOMAS. HABLÁBAMOS DE NEGOCIOS.


¡NEGOCIOS! ¿ES NEGOCIO INCENDIAR, ASESINAR?
ESTÁ EN UN ERROR.


¿Y ESTA LISTA DE LIBROS? ¿Y ESTA OTRA DE BIBLIOTECAS?
ESTÁ BIEN... ¿POR QUÉ NO SE UNE A NOSOTROS? LE PAGARÉ "ASTRONÓMICAMENTE".


HEMOS HECHO DE LA DESTRUCCIÓN DE LOS LIBROS UN APOSTOLADO... ¡NO HAY LIBRO BUENO! ¡SON INVENCIÓN DEL DIABLO!
NO ESTOY DE ACUERDO, STEINER. LOS LIBROS SON FUENTE DE TODA SABIDURÍA.


¿QUÉ ME DICE DE LOS LIBROS DE FÍSICA ATÓMICA? ¡LLEVARÁN AL MUNDO A LA DESTRUCCIÓN!
AL MUNDO LO LLEVARÁN A LA DESTRUCCIÓN, NO LOS LIBROS, STEINER, SINO LOS HOMBRES. ¡PRECISAMENTE LOS HOMBRES COMO USTED! ¡LOS FANÁTICOS!

Hubo un largo silencio, y después el rumor característico de alguien que bebe un vaso de jugo de naranja. El narrador encendió un cigarrillo; percibió al mismo tiempo el ruido de otro fósforo que se encendía a miles de kilómetros, y el suspiro satisfecho de Susan, a quien debían haberle prohibido terminantemente que fumara.

—Pero entonces —dijo el narrador—, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—Siempre me quedo corta cuando te trato de estúpido —dijo la voz de Susan—. El señor está encantado con el *happy end*, se tomará un buen whisky (maldito sea, aquí no hay más que jugos infectos) y se irá a la cama con una pelirroja o solo, que me da lo mismo para que sepas. La conciencia tranquila, el piyama bien planchado, los dientecitos brillantes porque él usa dentífrico Protirene que le hace tanto bien al nene.

—Susan, te quiero y te admiro demasiado para mandarte al quinto carajo. Me duelen tus dos piernas, Susan, me duele estar tan lejos de vos esta noche.

—Eres un amor —dijo Susan, y el narrador estimó que lo decía de veras y tuvo como ganas de pasearse por el cielo raso, de lanzar fuegos artificiales por la ventana—. No te das cuentas, dromedario argentino, que todo eso es una cortina de humo. La verdad es otra, Fantomas ha perdido el tiempo.

—Pero, Steiner…

—Pongo mi tercera pierna en el fuego que ni Steiner ni sus cómplices murieron en el incendio. Fantomas cayó en la peor trampa, la de creer que su misión había terminado. Es ahora que empieza lo importante, Julio, es ahora que tenemos que actuar.

—Mi querida, vuelvo de Bruselas tan cansado, tal vez sepas que…

—Lo sé, esta pieza está llena de diarios y yo sé leer si las letras son lo bastante grandes. El Tribunal Russell en Bruselas, verdad. La segunda reunión sobre los problemas latinoamericanos. Una sentencia muy dura y muy clara contra Ford, contra Kissinger, contra las sociedades vampiras, la ITT y el resto. La tengo aquí, mira, los amigos me traen los télex fresquitos. El Tribunal… Oye, lo que no sé es quiénes estaban en el Tribunal.

—Nos estamos saliendo del tema —dijo el narrador que seguía fijo en Fantomas, pero se detuvo al escuchar algo así como un rechinar de dientes, tal vez un mero ruido del teléfono, aunque nunca se sabía con Susan.

—¿Saliendo del tema? —dijo la enfermita como si cortara papel con una navaja—. Si alguna vez estuvimos en el tema es ahora, gaucho insípido. ¿Cómo puede ser que no te des cuenta? Es cierto que hay millones que tampoco, pero la gente paga por tus libros y eso crea obligaciones mentales, me parece.

—Somos más de una docena —acotó el narrador—, juristas, científicos, teólogos, sociólogos, dirigentes sindicales y escritores de diversos países. Somos eso que un ministro chileno calificó hace poco de banda de marxistas. Supongo que viniendo de la Junta lo creerás.

—Esos generales son tan simpáticos —dijo Susan— con sus uniformes planchaditos y siempre como un equipo de fútbol, en dos filas y muy serios. En fin, ustedes harían mejor en dar a conocer a todo el mundo la composición del tribunal, porque pasa que aquí, sin hablarte de casi toda la América latina, no están muy enterados.

—Hacemos lo posible, Susan, concedemos entrevistas, instamos a los periodistas a que difundan los trabajos y las conclusiones, vamos a la TV, hay veces en que tengo la impresión de ser uno de esos grandes putos del cine que se mueren por la publicidad; sé que hay que hacerlo, pero no marcha bien, el boxeo o las estrellas llenan las mejores páginas, somos muy pobres. Susan, nos falta…

—*Dont cry, baby, dont cry* —dijo Susan—, mamá te dará una banana de postre si eres bueno.

—Y por eso nuestra sentencia…

—No servirá para nada, monono, si ustedes y nosotros no encontramos el camino, y cuando digo nosotros no hablo de los esbeltos intelectuales tan admirados por las élites, sino de nosotros y de millones de mujeres y de hombres del planeta.

—Cosas así se han dicho todos los días en el Tribunal —murmuró el narrador, más bien abatido.

—Por eso es que necesitamos explicarle la verdad a Fantomas —dijo sorpresivamente Susan—, y mañana le voy a dar uno de esos tirones de

orejas que le dejarán la máscara ladeada por una semana. Mira, basta por ahora, la enfermera ha pasado del púrpura vivo al verde morgue. Llama a Moravia, que no conoce la sentencia, y léesela, mañana te llamaré yo para que no te arruines del todo. Chuip chuip.

Eso en Susan significaba dos besos cariñosos, pero en cambio la carraspera de Moravia no tenía nada de estimulante.

—*Manaccia la miseria* —dijo a modo de saludo—. Mi biblioteca está completamente vacía, y hace un rato me llamó Italo Calvino desde París para decirme la misma cosa. Los de Mondadori…

—Ya sabemos, Alberto, yo ni siquiera me he molestado en ir a ver mis libros o lo que quede de ellos. Te llamo solamente para decirte un par de cosas antes de volverme loco, ocurre que Susan pretende que te explique lo que pasó en Bruselas, se le ha metido una idea en la cabeza y…

—No veo la relación.

—Yo tampoco, pero el matriarcado se hace sentir y yo obedezco.

—La sentencia del Tribunal está en todos los diarios, la leí después de hablar con Susan. Está muy bien, dicho sea de paso, por fin se nombran algunas cosas por sus verdaderos nombres. ¡¡Porca madonna, mis libros!!

—También han desaparecido los malos —le dije para consolarlo.

—Vete a la mierda —dijo Moravia, colgando con la rapidez de un águila.

La noche fue larga y llena de agujeros, uno enorme que iba de una punta a otra de la pared del salón, y otros más pequeños en diversos muros del departamento. El narrador necesitó todo su sentido del humor para apreciar el efecto que hacían algunos muñecos, pósters, estatuillas, calidoscopios e ídolos africanos, bruscamente en relieve allí donde no había quedado ni un solo libro. Hasta encontró algunas cajas de fósforos, un contraceptivo y unos anteojos de sol que daba por perdidos, sin hablar de una espesa capa de pelusas y dos vistosas arañitas que completamente perturbadas se paseaban de un lado a otro con el aire que hubiera tenido su tía (la del narrador) si al visitar por la mañana el gallinero lo hubiera encontrado vacío. Al final, y como a pesar de algunos rumores optimistas no disponía de un harén como Fantomas, se fue a dormir con la sola aunque íntima

compañía de un embutal y se despertó por obra del teléfono y de la voz de Octavio Paz.

—Susan tiene razón —dijo Octavio— tampoco yo me había dado cuenta.

—¿Te llamó antes que a mí? —dijo el narrador, con los celos que correspondían.

—Sí, y te repito que tiene razón. Ya comprenderás, va a hablar contigo dentro de unos minutos, de modo que es mejor andar rápido.

—Yo…

—Somos unos perfectos intelectuales, Julio. Verifica mi diálogo con Fantomas y verás que le pido que haga algo por el amor que profesa al arte. Si pudiera cambiar ese texto, donde dice arte yo hubiera debido decir hombre. El resto que te lo explique Susan.

No colgó con la violencia de Moravia, porque cuando se es mexicano se es mexicano, pero de todas maneras colgó y el narrador anduvo media hora dando vueltas por el departamento como las dos arañas, preparándose un café que como siempre le salió tibio y fofo, y fumando con ese aire que se aprende en las películas de suspenso. La llamada de Susan lo pescó desnudo y enjabonado, y a diferencia de lo que pasa en esa clase de películas, no había teléfono en el baño, de manera que…

—Acaba de irse —dijo Susan—. Sécate de una vez, se te nota demasiado. Me dijo que se entrevistará con ustedes, pero dudo que lo haga, tiene cosas más importantes. Fantomas no estaba contento, hay que decirlo, pero creo que lo convencí, en todo caso se puso como en sus mejores momentos, los pectorales se le veían de lejos y temblaba como un jet antes de soltar los frenos y largarse por la pista.

—Si aparte de esa descripción sexy me dijeras lo que pasa, Susan.

—Pasa que Fantomas sabe ahora que le tomaron el pelo, y en su caso no es una comprobación agradable.

—De acuerdo, le hicieron creer que el culpable era ese psicótico de París, etcétera.

—Hm. Ahora él y muchos más sabemos que la destrucción de las bibliotecas no es más que un prólogo. Lástima que yo no sea buena

dibujante, porque me pondría en seguida a preparar la segunda parte de la historia, la verdadera. En palabras será menos interesante para los lectores.

—Decila de todas maneras, ya es tiempo.

—¿No la sientes en el aire? —murmuró Susan, y su voz venía cansada y dolorida, como si de pronto sus piernas rotas la llamaran a una realidad de yeso, de inyecciones, de interminables cuidados—. Julio, Julio, ¿quién es verdaderamente Steiner? ¿Cómo se llaman los que el Tribunal Russell acaba de condenar en Bruselas?

—Se llaman de mil, de diez mil, de cien mil maneras —dijo el narrador con la misma voz cansada, aunque sus piernas estuvieran intactas—, pero se llaman sobre todo ITT, sobre todo Nixon y Ford, sobre todo Henry Kissinger o CIA y DIA,



se llaman sobre todo Pinochet o Banzer o López Rega, sobre todo General o Coronel o Tecnócrata o Fleury o Stroessner, se llaman de una manera tan especial que cada nombre significa miles de nombres, como la palabra hormiga significa siempre una multitud de hormigas aunque el diccionario la defina en singular.

Del otro lado se oyeron unos ruidos secos y rítmicos, que podían significar aplausos aunque vaya a saber.

—Ahora —dijo Susan después de chupar en algo que desde luego no era un mate amargo—, comprenderás por qué te hablé de la sentencia del Tribunal. La aventura de Fantomas es una vez más el Gran Engaño que los expertos del sistema nos han puesto por delante como una cortina de humo, igualito que en su tiempo la Alianza para el Progreso, o la OEA, o la reforma en vez de la revolución, o los bancos de fomento y desarrollo, no sé si hay uno o dieciocho, y las fundaciones dadoras de becas, y…

—Despacio —dijo el narrador— menos enumeraciones y más claridad, nena.

—El Gran Engaño —repitió Susan— la prueba es que hasta Fantomas el infalible se fue de boca con Steiner y su pandilla y creyó que la cosa estaba liquidada cuando no hacía más que empezar. ¿Qué son los libros al lado de quienes los leen, Julio? ¿De qué nos sirven las bibliotecas enteritas si sólo les están dadas a unos pocos? También esto es una trampa para intelectuales. La pérdida de un solo libro nos agita más que el hambre en Etiopía, es lógico y comprensible y monstruoso al mismo tiempo. Y hasta Fantomas, que sólo es intelectual en sus ratos perdidos, cae en la trampa como acabamos de verlo.

—Le estás hablando a un convencido —dijo el narrador— y además te va a salir carísimo, nena.

—*Shit*, tienes razón —dijo Susan—, en fin, Fantomas te explicará lo demás. Llámame por la noche, aquí todo es tan blanco y huele a limpieza, me clavan agujas, no hay más libros y lo único bueno que se ve en la TV es la adaptación de una novela mía que me sé de memoria.

—Mi pobre… empezó el narrador, pero no terminó nunca la frase porque los vidrios de la ventana volaron en astillas (y eso que según la ciencia el vidrio *es un líquido*) y de acuerdo a sus costumbres Fantomas se plantó con la máscara blanca y un traje azul eléctrico en mitad del salón. El narrador colgó, puesto que el ruido debía haber informado de sobra a Susan, y puso una cara más o menos.

—La puta que los parió —dijo Fantomas—, no voy a dejar a uno solo vivo, esto no me lo hacen a mí, conchemadres.

—¿La factura te la mando a tu casa? —quiso saber el narrador.

—Piscis te la pagará, es la tesorera. Rápido, al trabajo, necesito información, Norman Mailer acaba de darme datos interesantes, y mira lo que me manda Osvaldo Soriano desde Buenos Aires:

La venta libre de equipos para asesinar

Denuncian en Washington un extraño comercio

Washington

Enterados del intento —por parte de una empresa privada— de vender equipos para asesinatos a una agencia investigadora gubernamental, dos senadores republicanos decidieron ayer que se debe ajustar el control legislativo sobre todos los organismos oficiales de Inteligencia.

La iniciativa presentada por los senadores Lowell Weicker de Connecticut y Howard Baker, de Tennesse, permitirá el establecimiento de una comisión parlamentaria conjunta, de carácter permanente, para supervisar a la Agencia Central de Inteligencia, (CIA), la Policía Federal de Investigaciones (FBI) y otros grupos que realizan operaciones similares.

La comisión tendría carácter más permanente que el cuerpo especial de senadores nombrado para indagar el supuesto espionaje interno llevado a cabo por la CIA y el FBI.

Ambos senadores que sirvieron en la Comisión de la Cámara Alta sobre el escándalo de Watergate, afirmaron que el hecho de que un agente del Departamento de Justicia —afectado a la represión de la drogadicción— haya pretendido adquirir un equipo de asesinato que vendía una empresa privada, demuestra la necesidad de una mayor supervisión de las fuerzas de Inteligencia.

El equipo incluía paquetes de cigarrillos con "trampas cazabobos", teléfonos y linternas que podían ser detonados por control remoto.

Todos esos elementos fueron ofrecidos por la compañía B. R. Fox Electronics al investigador del Departamento Federal de Narcóticos (DEA), Lucien Conein, cuando visitó los almacenes de la empresa ubicados en Alexandria, en

Un vocero del DEA afirmó que la agencia no compró ninguno de esos materiales, pero que se los habían mostrado a Conein cuando éste buscaba adquirir un equipo de grabación y espionaje, necesario para una investigación gubernamental de tráfico de drogas.

El senador Weicker, que hizo público el catálogo de la empresa B. R. Fox, dijo que los mecanismos podían sólo ser utilizados para el asesinato.

"Pienso que es un comentario sorprendente en estos tiempos que equipos que no son para propósitos legales, sean exhibidos a un funcionario federal como si fueran artículos comunes. Esto demuestra lo que sucede cuando descuidamos nuestros deberes", sostuvo.

El catálogo de la empresa privada dice del equipo: **"Estos mecanismos fueron diseñados y fabricados para venderlos a agencias y autoridades del gobierno de Estados Unidos, con la intención específica de aplicarlos fuera de este país".**

un suburbio de Wash-
hington.

—Aplicarlos fuera del país —repitió el narrador—. Sí, claro, no es nuevo. Pero tené cuidado, Fantomas, con noticias de este tipo deben estar tratando de lanzarte a otra pista falsa, o por lo menos inútil. Vos sabés que Susan no se caracteriza por la claridad de sus explicaciones telefónicas, y, sin embargo, me parece que entendí.

—Yo también —dijo Fantomas, sentándose en el suelo y sacando un frasco superchato de grapa—, por eso quiero enterarme bien de lo que hicieron ustedes los hipercerebrales en el Tribunal Russell, porque según Susan ahí está el detalle.

—Mirá en los apéndices y encontrarás lo necesario —dijo el narrador mostrando las páginas finales de este mismísimo volumen—. Si querés una síntesis, te la hago en tres palabras: las sociedades multinacionales. La ITT puede servirte de resumen; aunque suena como una marca de yerba mate brasileña viene de bastante más al norte. ¿Querés que te muestre cómo las veo yo?

—Me sería sumamente grato —dijo Fantomas pasándome el frasco como para hacerme olvidar los pedazos de vidrio por el suelo.

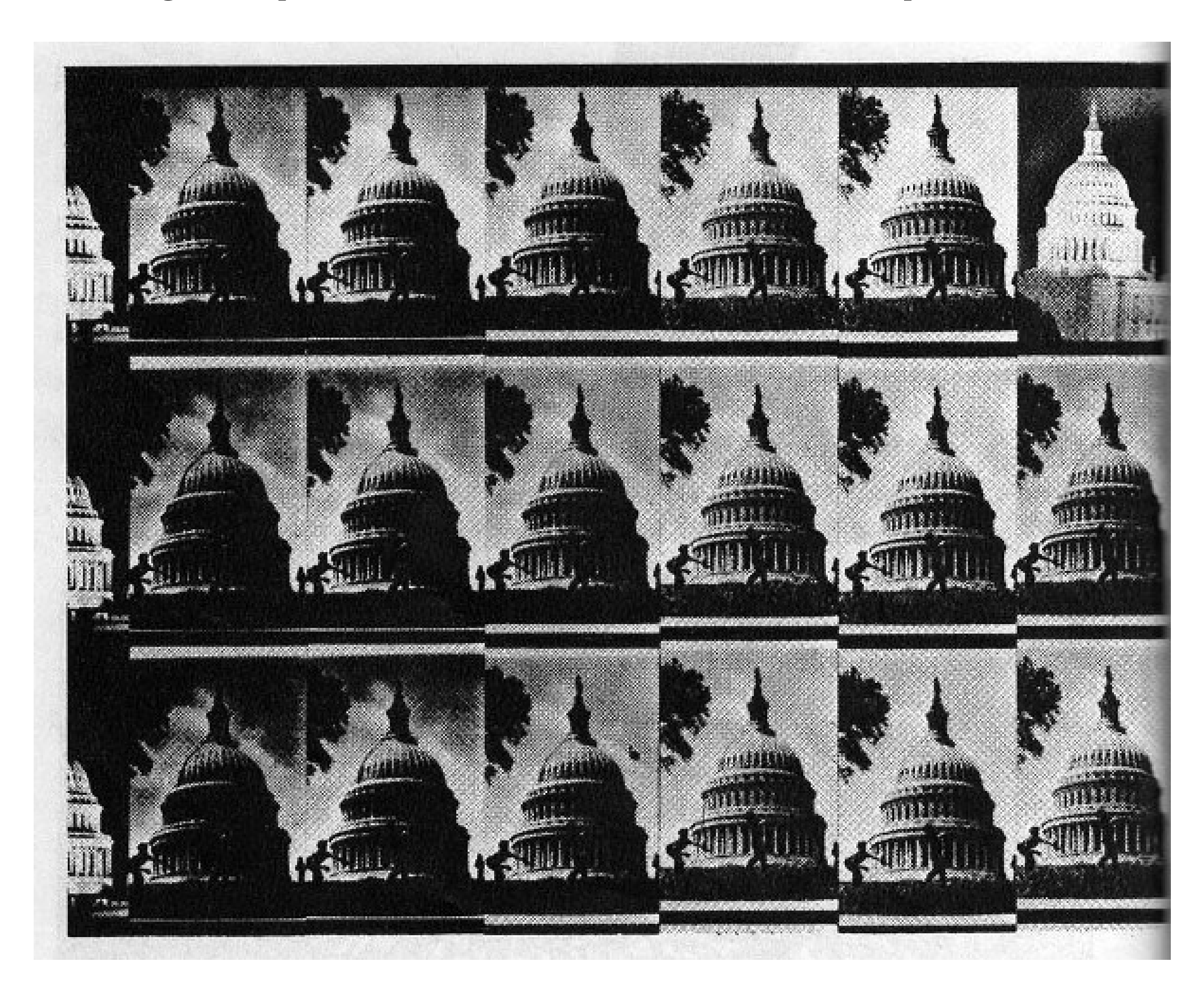
—Así las veo —dijo el narrador.



—Parece el comienzo de *Un perro andaluz* —dijo Fantomas, siempre tan culto.

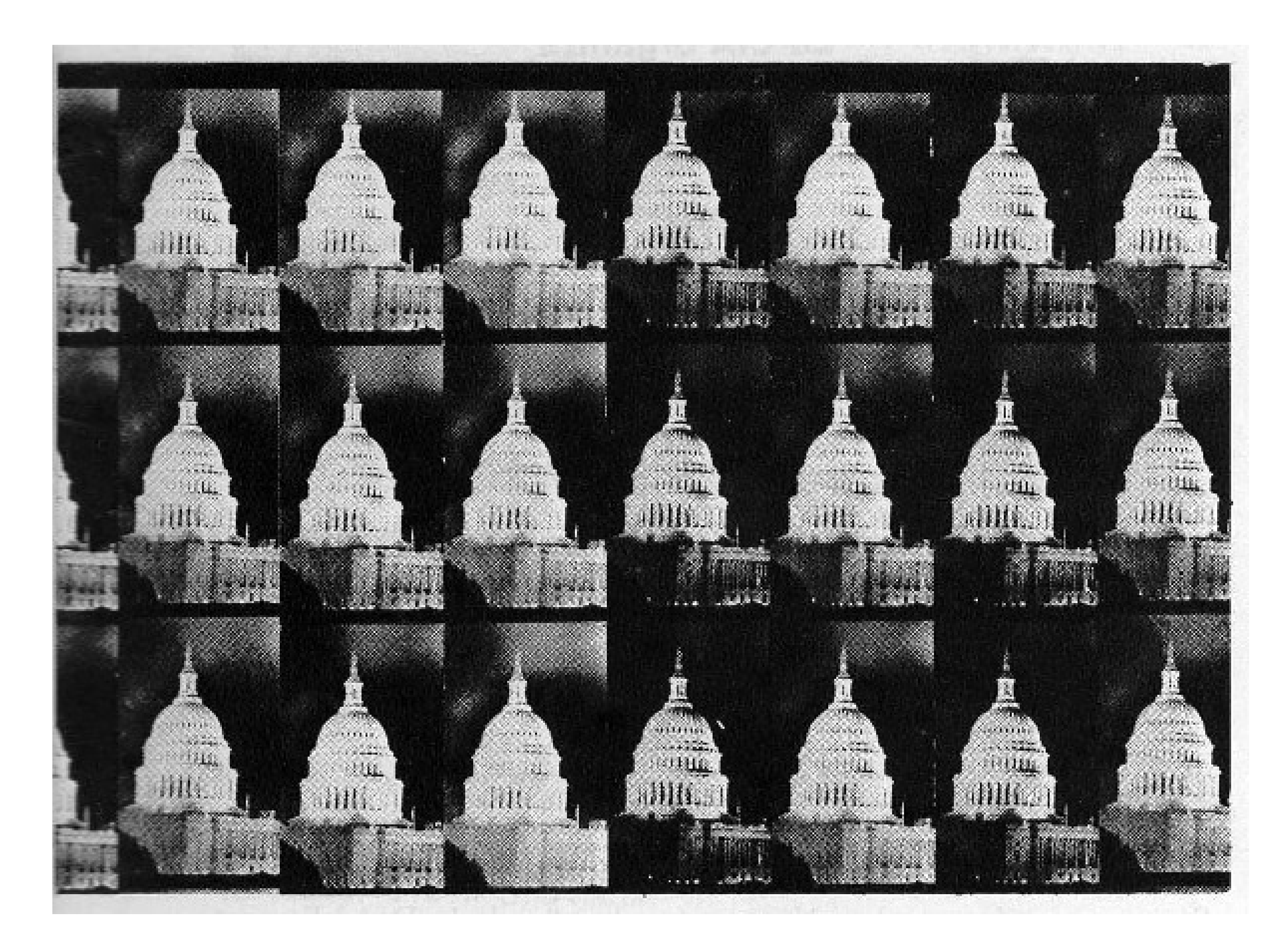
—Todo en nuestra América es el comienzo de ese perro, viejo, pocas veces hemos llegado a mirar algo de frente sin que la navaja o el cuchillo vinieran a vaciarnos los ojos. Pero a esta altura de tan amena plática, ¿serías favorito de decirme qué me combinás, qué te provoca como acción, hacia dónde vas a orientar tu rauda manera de hacer moco las ventanas?

—Mailer me dio una lista, un amigo ecuatoriano me la completó, mis corresponsales de Londres, Munich, Nueva York y Lima están procesando electrónicamente algunas verduritas necesarias para completar el espectro, en fin, digamos que dentro de media hora llamará Libra aquí.



—Qué placer —dijo el narrador, que después de haberla visto en la revista tenía una debilidad particular por sus muslos tan renegridos como

satinados. Cuando Libra se manifestó con un murmullo de antílope al borde de una fuente, el narrador consideró de su deber tomar personalmente nota de todas las informaciones, aunque Fantomas mostraba alguna tendencia a empuñar personalmente el tubo. De tan romántico diálogo resultó una lista de nombres y direcciones que Fantomas memorizó en un segundo, tras de lo cual quemó el papel previamente mojado en grapa: Por su parte el narrador sabía lo bastante sobre el tema como para simbolizar los múltiples datos en una sola imagen cuya multiplicación no hubiera engañado ni a una gallina alcoholizada.



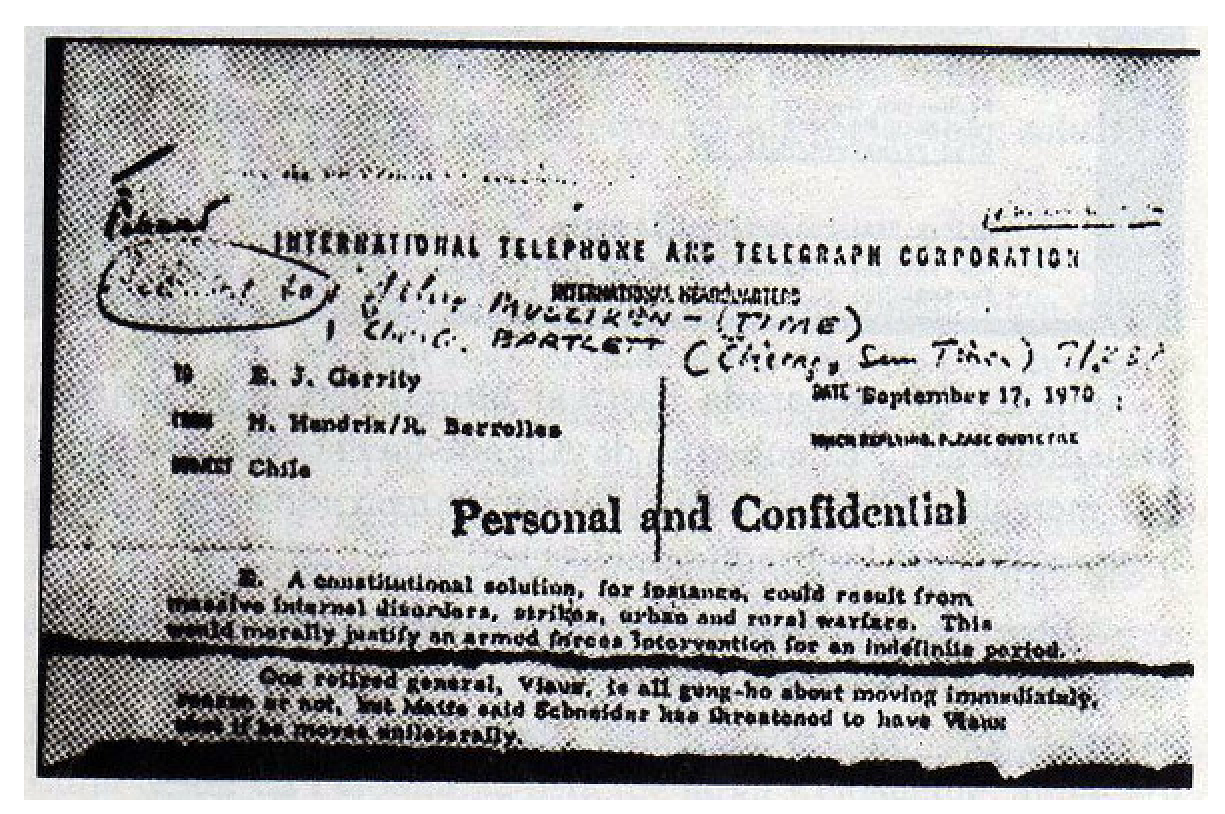
—Este asunto me joroba un tantico, mano —dijo Fantomas—. Yo como sabes estoy por la acción directa, y eso de las multinacionales me complica la estrategia en el ring, sin contar que son como esos gusanos que cuando más los cortás en pedazos, más se reproducen y saltan para todos lados. Anoche le propuse a García Márquez dedicarme exclusivamente a la CIA, porque la conozco mejor y además me tinca que fue ella la que me armó el

asunto de Steiner, hijos de mil putas. Pero el Gabo me soltó una risotada necrofílica, sin hablar de la Susan hace un rato. Es una lástima, porque la CIA, tú ves



—Tan fácil —resumió Fantomas con un suspiro—, cuestión de ir siguiendo el mapa y páfate, en una semana les bajo la cresta.

—Nihil obstat —concedió el narrador—, pero será un nuevo Steiner en más grande. ¿Nunca oíste hablar de la DIA? Es cien veces más poderosa que la CIA, y no hay mapitas que te ayuden a localizarla. Como tu gusano, tendrías que volver a empezar, después de la DIA tendrías la GUA y la FOA y la REA, etc. Susan tiene razón, nos estamos quedando en la superficie, mascarita blanca, y entre tanto la verdadera raíz del problema sigue tan garifa. Tomá este pedacito de historia antigua, muy antigua puesto que remonta a 1970, casi la Edad Media si te fijás bien. Una cartita de la ITT muy personal y confidencial como verás por el sello, pero que en castilla dice



INTERNATIONAL TELEPHONE AND TELEGRAPH CORPORATION

INTERNATIONAL HEADQUARTERS

TO E. J. Gerrity

FROM H. Hendrix/R. Berrelles

SUBJECT Chile

DATE September 17, 1970

Personal and Confidential

8. A constitutional solution, for instance, could result from massive internal disorders, strikes, urban and rural warfare. This would morally justify an armed forces intervention for an indefinite period.

One retired general, Viaux, is all gung-ho about moving immediately, reason or not, but Matte said Schneider has threatened to have Viaux shot if he moves unilaterally.

De las actas secretas de la ITT: carta de Hendrix y Berrelez dirigida a Gerrity, vicepresidente del consorcio

(se habla de Chile): “Por ejemplo, una solución constitucional podría nacer de desórdenes internos masivos, huelgas, y guerrilla urbana y rural. Esto justificaría moralmente una intervención de las fuerzas armadas por un periodo indefinido”. Te repito la fecha, 1970.

Fantomas hinchó el pecho hasta que empezó a crujirle la camiseta, pero no dijo nada.

—Complemento de información —anunció el narrador—, publicado por el *Vorwärst* de Bonn. La Química Hoechst de Chile escribe a su central de Francfort



Ha. Pol. Büro
2. OKT. 1973

2. OKT. 1973

QUIMICA HOECHST ·

Distribuidores de

FARBWERKE HOECHST AG. vormals Meister Lucius y Brüning Frankfurt(M) - Hoechst, Alemania

Gerencia

den 17. September 19

Farbwerke Hoechst AG.
Postfach 80 0320
6230 Frankfurt/Main 80

Wirtschaftspol. Abteilung
Handelspol. Büro

Betr.: Regierungswechsel in Chile

Der so lang erwartete Eingriff der Militärs hat endlich stattgefunden.

“…una acción preparada hasta el último detalle y realizada brillantemente… El gobierno de Allende ha encontrado el final que merecía… Chile será en el futuro un mercado cada vez más interesante para los productos Hoechst”.

—Que las aspirinas se les queden atravesadas en el culo —dijo amablemente Fantomas.

—Amén —dijo el narrador—, pero deberías encontrar algo que les duela más.

—De eso me ocuparé yo. Dame la lista. Creo que Susan y tú tienen razón, es allí donde hay que atacar, y ahora mismo.

El narrador lo vio encaminarse hacia una ventana que no era la rota, y soltó un grito terrible para detener un vuelo que ya se advertía en el aire de discóbolo de Fantomas.

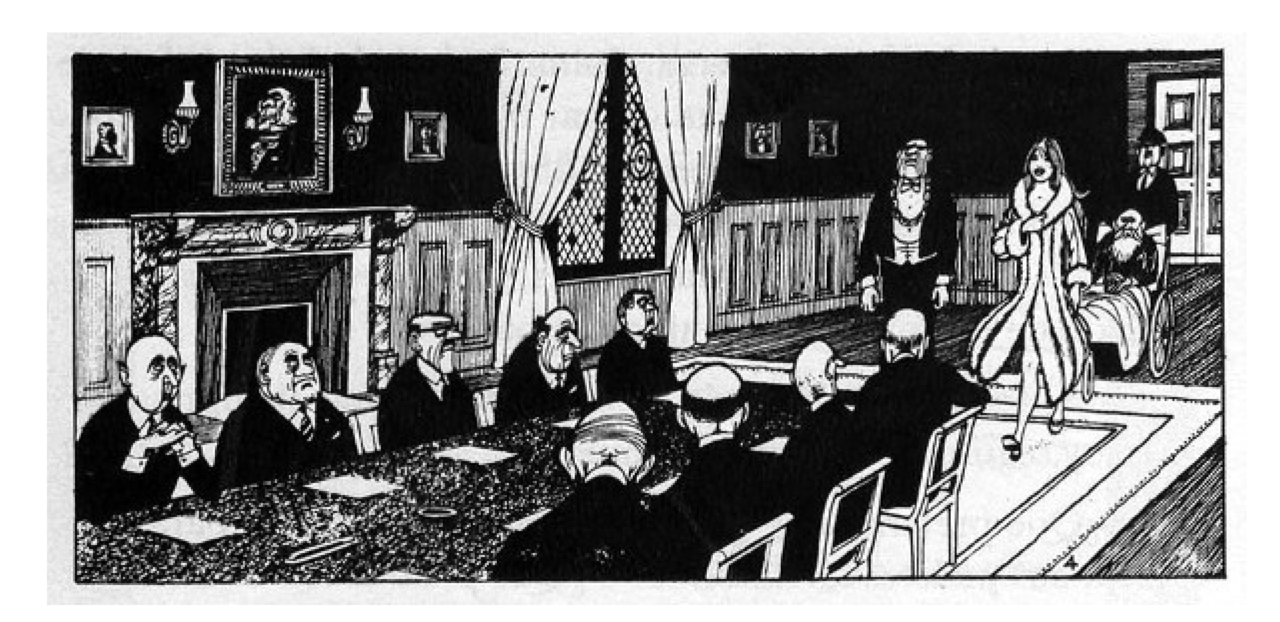
—¿Qué te cuesta salir por la ventana rota? —suplicó—. Y otra cosa, Fantomas: ¿Vas a proceder solo?

—La soledad es mi fuerza, Julio. La soledad y mi don de transformarme infinitamente, llegar al enemigo bajo las apariencias más dispares. ¿Te conté el día en que le rompí la cara a John Wayne cuando creía que yo era una inocente huérfana perdida en el infierno de Las Vegas y me llevó a su cama so pretexto de telefonear a mis afligidos padres?

—Fantomas, este trabajo lo harás solo como siempre, pero no estoy seguro de que sirva de mucho.

—¿Qué pretendes? —gritó Fantomas crispándose para concentrar sus poderes levitatorios—. ¿Qué pida la colaboración de la policía, de la Cruz Roja Internacional? ¡Solo, solo solo! ¡Me basto y me sob…!

La otra ventana voló en mil pedazos, hijo de puta. El fresquete que empezaba a reinar en tan ventilado salón obligó al narrador a refugiarse en el dormitorio, donde con ayuda de varias botellas y mucho tabaco se dispuso a esperar los acontecimientos. Por suerte, Fantomas no acostumbraba a hacer esperar a nadie mucho tiempo, y a las dos horas diversos amigos empezaron a llamar desde los lugares más antipódicos, Eduardo Galeano desde la calle Pueyrredón en Buenos Aires, Julio Ortega desde *Correo* en Lima, Daniel Waksman desde México, Cristina Peri Rossi desde Barcelona, José Lezama Lima desde La Habana, la lista fue larga y elocuente, ahora era Lelio Basso desde Roma, Julio Le Parc desde Montrouge, Caetano Veloso estupefacto en Sao Paulo, Carlos Fuentes fatigando a las telefonista mexicanas, y naturalmente Susan Sontag, que lloraba de risa frente a cosas como éstas

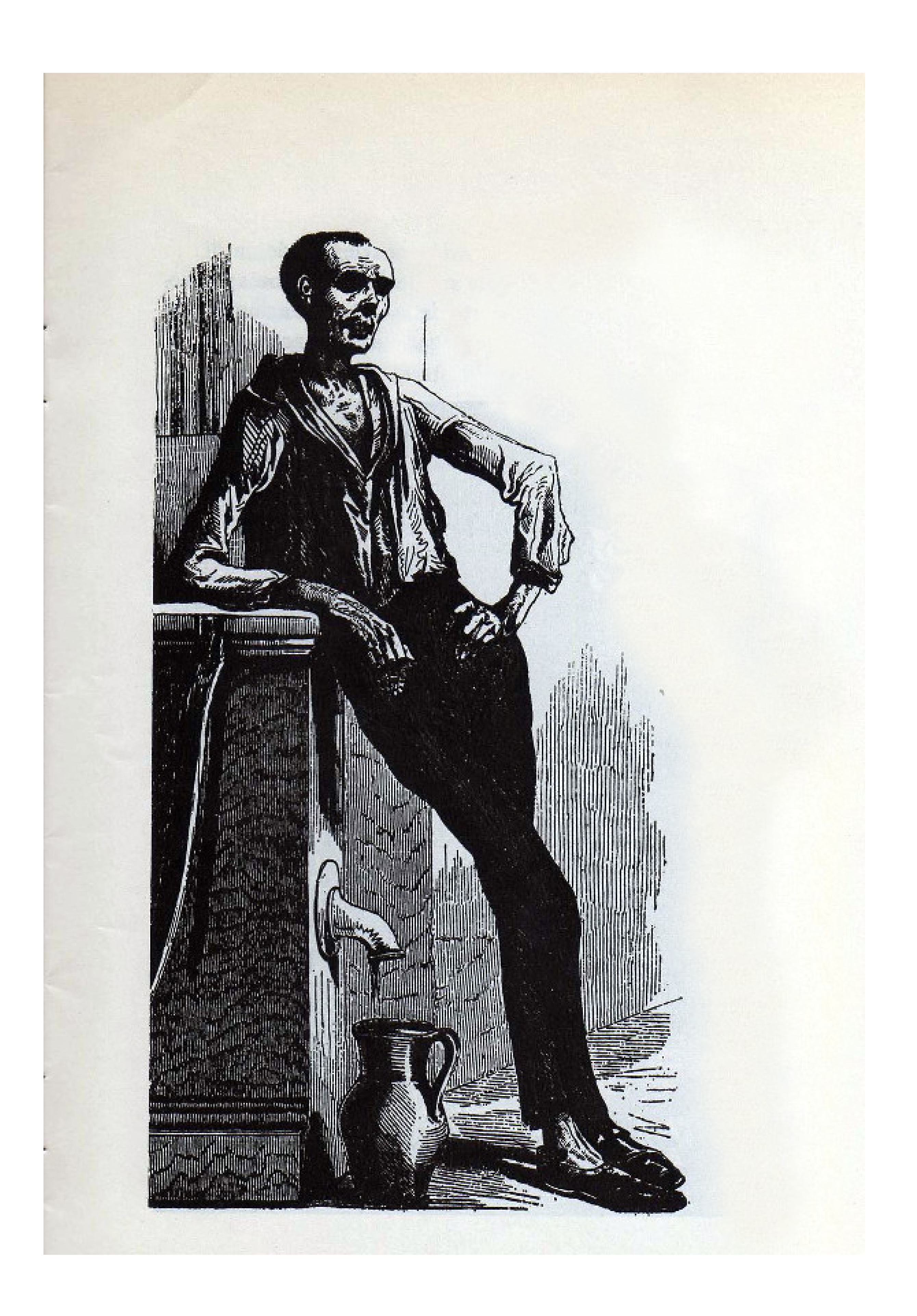


puesto que acababa de enterarse de que Fantomas, precedido por nada menos que Piscis, había asumido la personalidad de un millonario paralítico

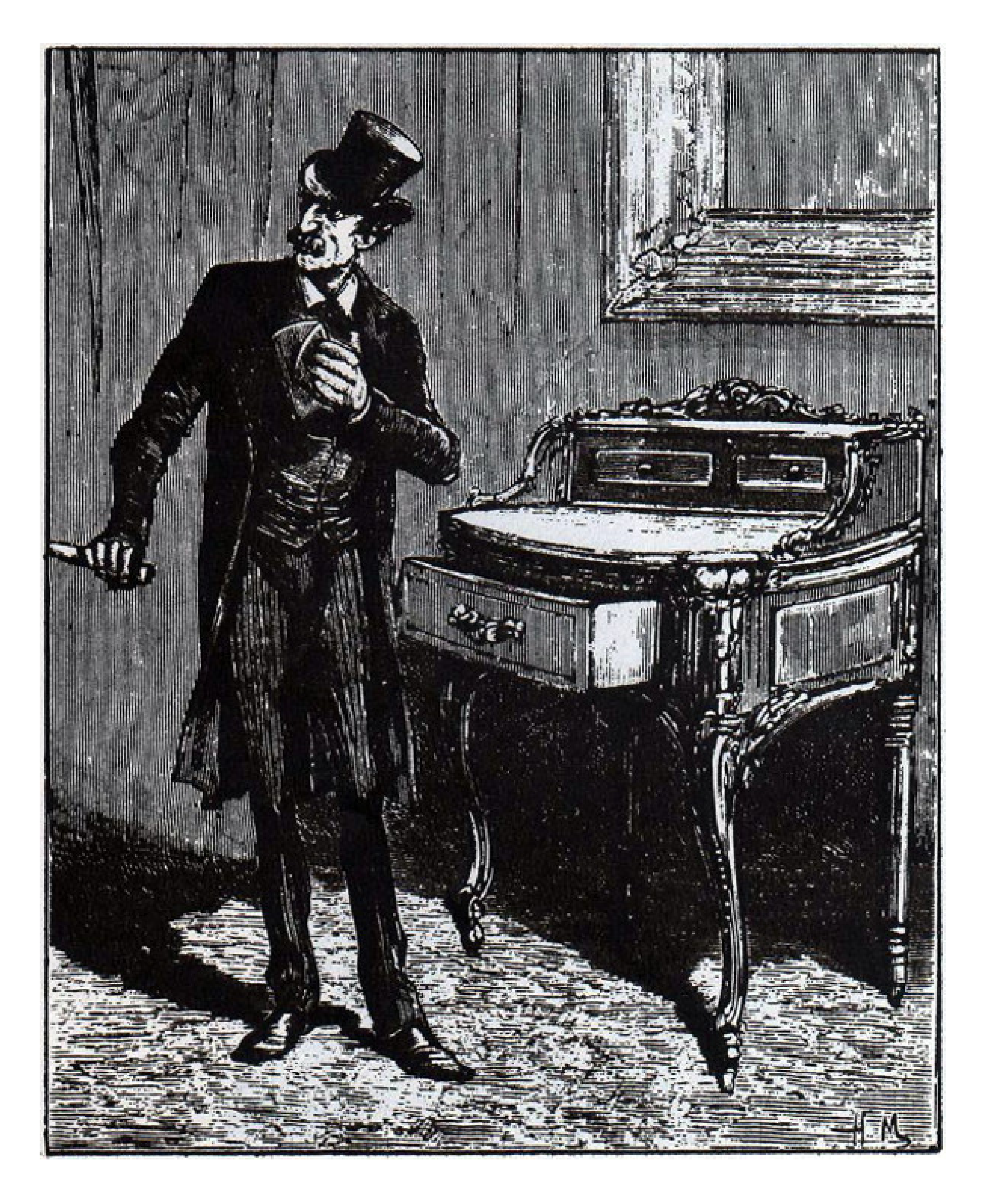
para asistir a una reunión del directorio de la Kennecot, de la cual todo el mundo había salido pálido y tembloroso.

—Traté de convencerlo, Susan —dijo el narrador—, pero ya lo conocés, me hizo su célebre discurso individualista y ya ves, seguirá por su cuenta, es seguro.

Como seguir siguió, y poco a poco las agencias de noticias fueron difundiendo los diferentes procedimientos gracias a los cuales Fantomas se había abierto camino en las fortalezas de aluminio y cristal de las sociedades multinacionales. Una imagen proveniente de Chicago lo mostraba inofensivo y soñador mientras llenaba una jarra de agua que luego acabó en el cráneo de Pennypepper E. Pennypepper, el rey del cobre y la sardina.



Según Heinrich Böll, que la envió por télex desde un diario de Francfort, la imagen siguiente mostraba a Fantomas guardándose impúdicamente el importe de la indemnización que la junta militar chilena acababa de pagarle a la Anaconda o a la Kennecot.



El narrador no solamente tenía amigos intelectuales, y le gustaba hacerlo notar de vez en cuando, máxime cuando en su relato los escritores llegaban ya a un número saturante. Por eso lo alegró recibir otra noticia por

intermedio de Jean Claude Bouttier, adversario desafortunado de Carlos Monzón pero digno de respeto como lo probaba su interés en revelar la apariencia revestida por Fantomas antes de entrar en el despacho del presidente Gerald Ford, con el cual mantuvo un diálogo cuyo resultado no era aún conocido, pero podía imaginarse después de verle la cara:



La última imagen de tan extraordinaria serie preocupó no solamente al narrador sino al *Osservatore Romano*, pues nadie sabía con exactitud cuál de los dos personajes era Fantomas.



De todas maneras, a partir de ese momento cesaron las noticias, y los diarios pasaron rápidamente a temas tales como las últimas performances de Emerson Fittipaldi, el precio del bife, las ejecuciones o atentados de turno, la moda *retro* y el nuevo *boom* de Hollywood, que mostraba incontrovertiblemente el dinamismo de la libre empresa. Ya Susan podía pasearse un poco por su cuarto, y cuando llamó por última vez (por última vez en este contexto, se entiende) lo hizo con esa voz siempre desagradable de los que tienen razón y te remachan el clavo.

—Se acabó, Julio, te lo había dicho. Se ha vuelto a su guarida convencido de que puso el mundo patas arriba, y ya ves.

—Sí, la verdad es que no se ve gran cosa —dijo el narrador echando una ojeada a su ventana recién reparada y preguntándose hasta cuando duraría así—. Pero no nos impacientemos, Susan, todavía no se pueden medir los resultados.

—Serán pocos y falsos, verás. Fantomas es admirable y se juega la vida a cada paso, pero nunca le entrará en la cabeza que los otros son legión y que solamente con otras legiones se les puede hacer frente y vencerlos.

—Bah, si es cuestión de número pensá en Fidel y el Che, y hasta en Cortés o Pizarro si vamos al caso. Además, Fantomas es un justiciero solitario, si no fuera así nadie le dibujaría las historietas, te das cuenta. No tiene vocación de líder, nunca será un jefe de hombres.

—Por supuesto, y yo no se lo reprocho. A nadie hay que reprocharle que haga lo suyo enteramente solo. El problema es otro, porque nuestra realidad no es Steiner o una pandilla suelta, lo sabes de sobra. Y hasta que mucha gente comprenda esto, y haga también lo suyo a su manera, nos seguirán friendo como renacuajos.

—Nunca vi un renacuajo frito —dijo el narrador—. ¿Pero tú crees que un día terminaremos por encontrarnos, por reunirnos? Por supuesto estoy de acuerdo contigo, Susan, si llegáramos a eso frente a los vampiros y los pulpos que nos ahogan, si tuviéramos un jefe, un…

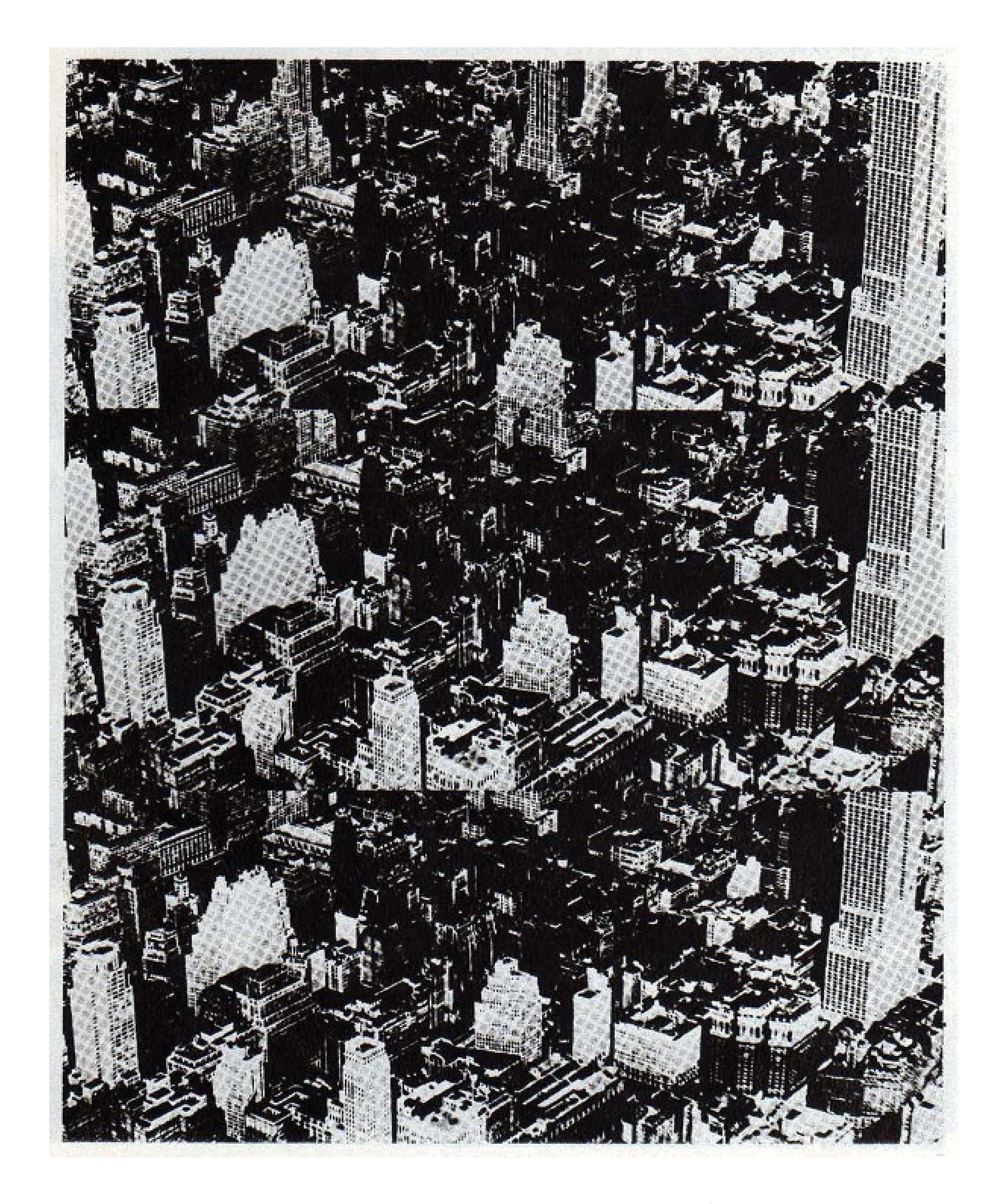
—No, Julio, no agregues “Fantomas” o cualquier nombre que se te ocurra. Por supuesto que necesitamos líderes, es natural que surjan y se impongan, pero el error (¿era realmente Susan la que hablaba? Otras voces se mezclaban ahora en el teléfono, frases en idiomas y acentos diferentes,

hombres y mujeres hablando de cerca y de lejos), el error está en presuponer al líder, Julio, en no mover ni un dedo si nos falta, en esperar sentados que aparezca y nos reúna y nos dé consignas y nos ponga en marcha. El error es tener ahí delante de las narices cosas como la realidad de todos los días, como la sentencia del Tribunal Russell, ya que anduviste en eso y me sirve de ejemplo, y seguir esperando a que sea siempre otro el que lance el primer llamado.

—Susan, nuestros pueblos están alienados, mal informados, torcidamente informados, mutilados de esa realidad que sólo unos pocos conocen.

—Sí, Julio, pero todo eso se sabe también de otras maneras, se sabe por el trabajo o la falta de trabajo, por el precio de las papas, por el muchacho que balearon en la esquina, por los ricachos que pasan en sus autos delante de las villas miseria (es una metáfora porque tienen buen cuidado de no pasar en su puta vida). Eso se sabe hasta en el canto de los pájaros, en la risa de los chicos, en el momento de hacer el amor. Esas cosas se saben, Julio, las sabe un minero o un maestro o un ciclista, en el fondo todo el mundo las sabe, pero somos flojos o andamos desconcertados, o nos han lavado el cerebro y creemos que tan mal no nos va simplemente porque no nos allanan la casa o nos matan a patadas…

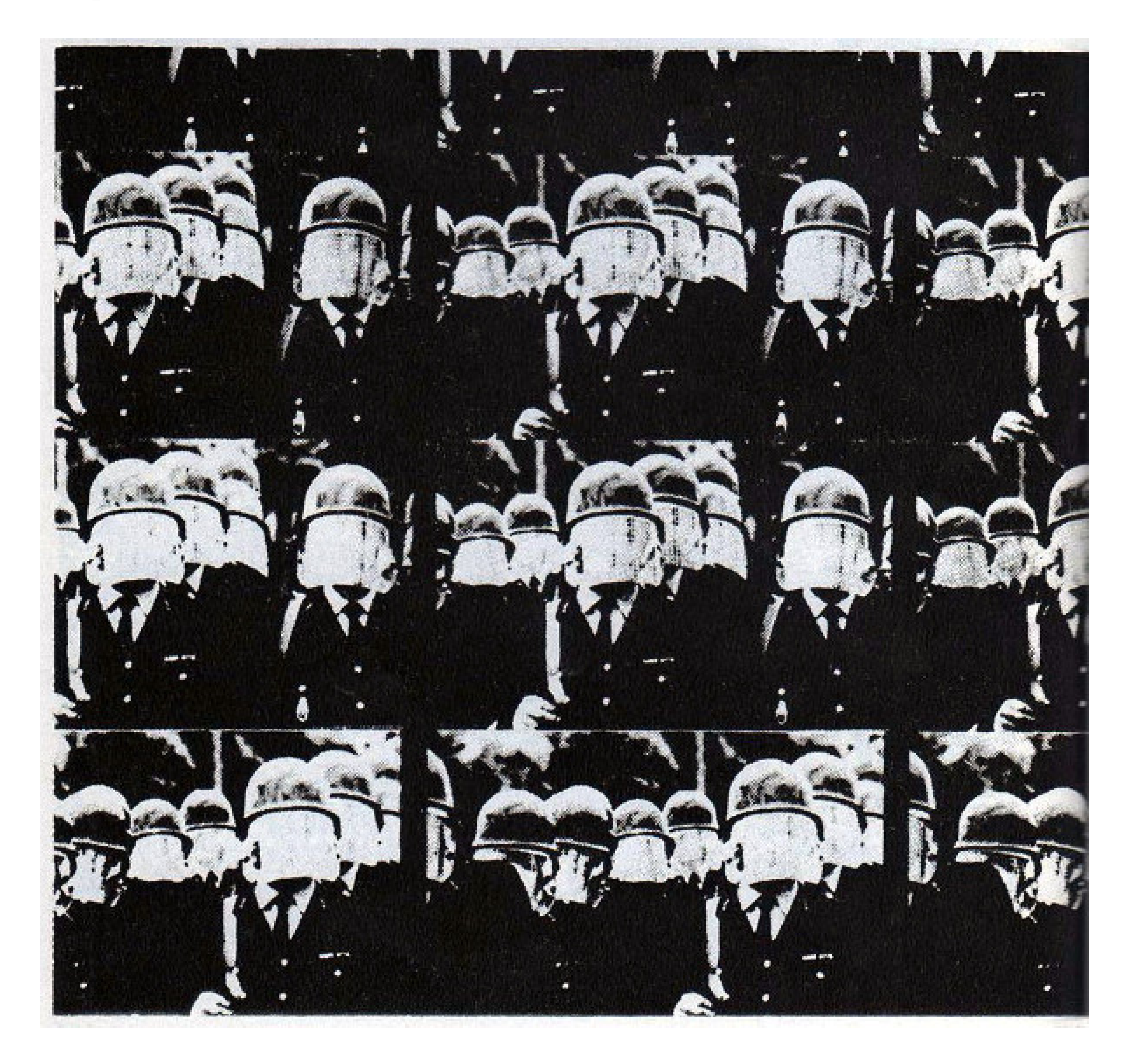
En ese teléfono pasaban cosas raras, además de las palabras venían imágenes más bien borrosas pero reconocibles



y de cuando en cuando una voz de locutor repetía frases que el narrador conocía muy bien porque muy pocos días antes había participado en su redacción:

—El Tribunal Russell condena a las personas y autoridades que se han apoderado del poder por la fuerza y que lo ejercen despreciando los derechos de sus pueblos.

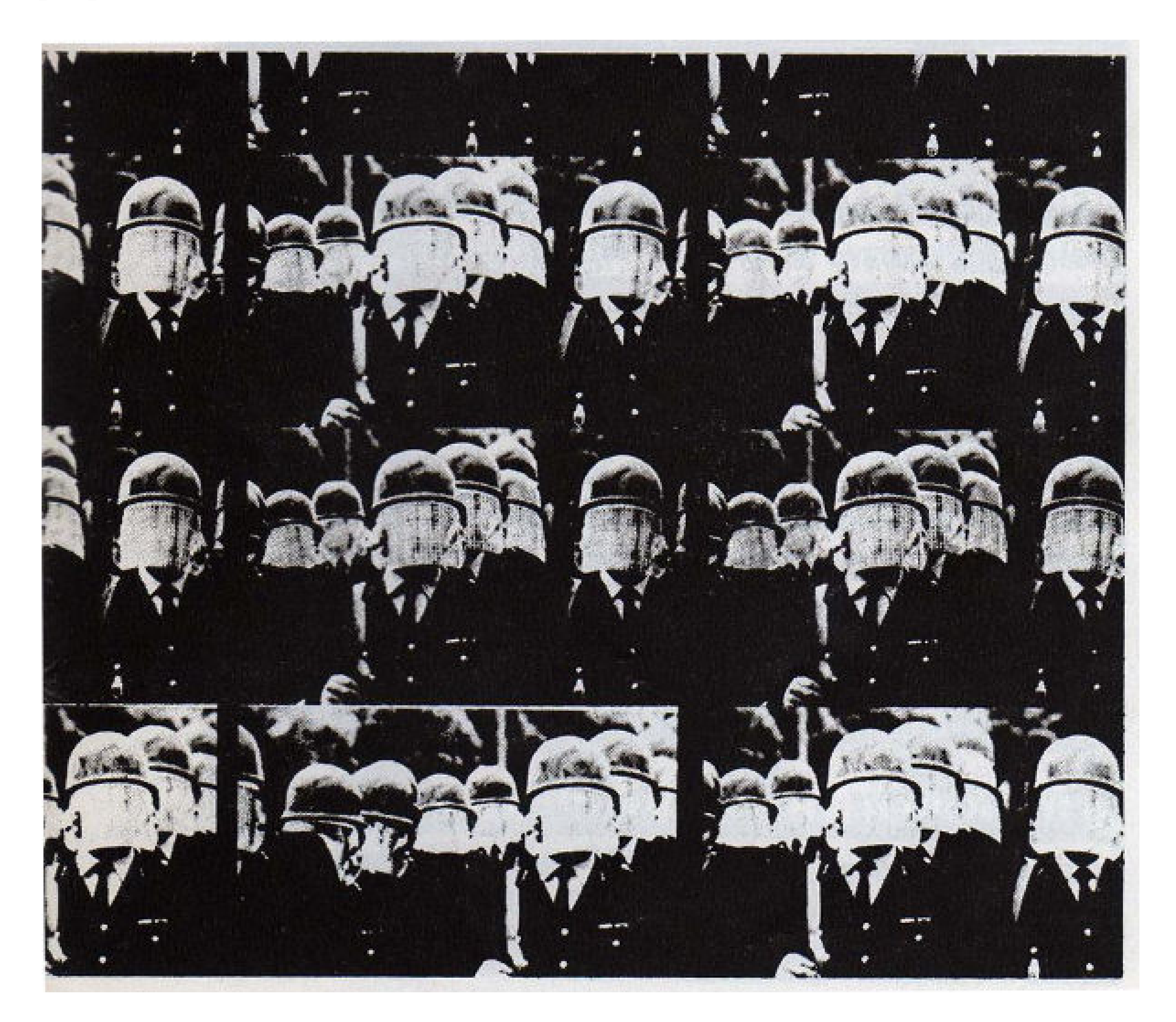
Condena por estos cargos a las personas que ejercen actualmente el poder en el Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay, Guatemala, Haití, Paraguay y la República Dominicana.



—¿Y la Argentina? —dijo una voz que parecía salir derechito de un café de la calle Corrientes, a la altura del Once.

Con la sorpresa previsible, el narrador escuchó la inmediata respuesta del locutor:

—En lo que concierne a la República Argentina, el Tribunal expresa su profunda inquietud por las detenciones, persecuciones, torturas y asesinatos de militantes, obreros y profesionales, como también de refugiados políticos sudamericanos, y decide abrir inmediatamente una encuesta para establecer la responsabilidad del gobierno argentino a este propósito.



—¿Y si nos corriéramos una nadita hacia el oeste? —preguntó una voz que pronunciaba netamente cada sílaba, cosa rara en el continente sudamericano.

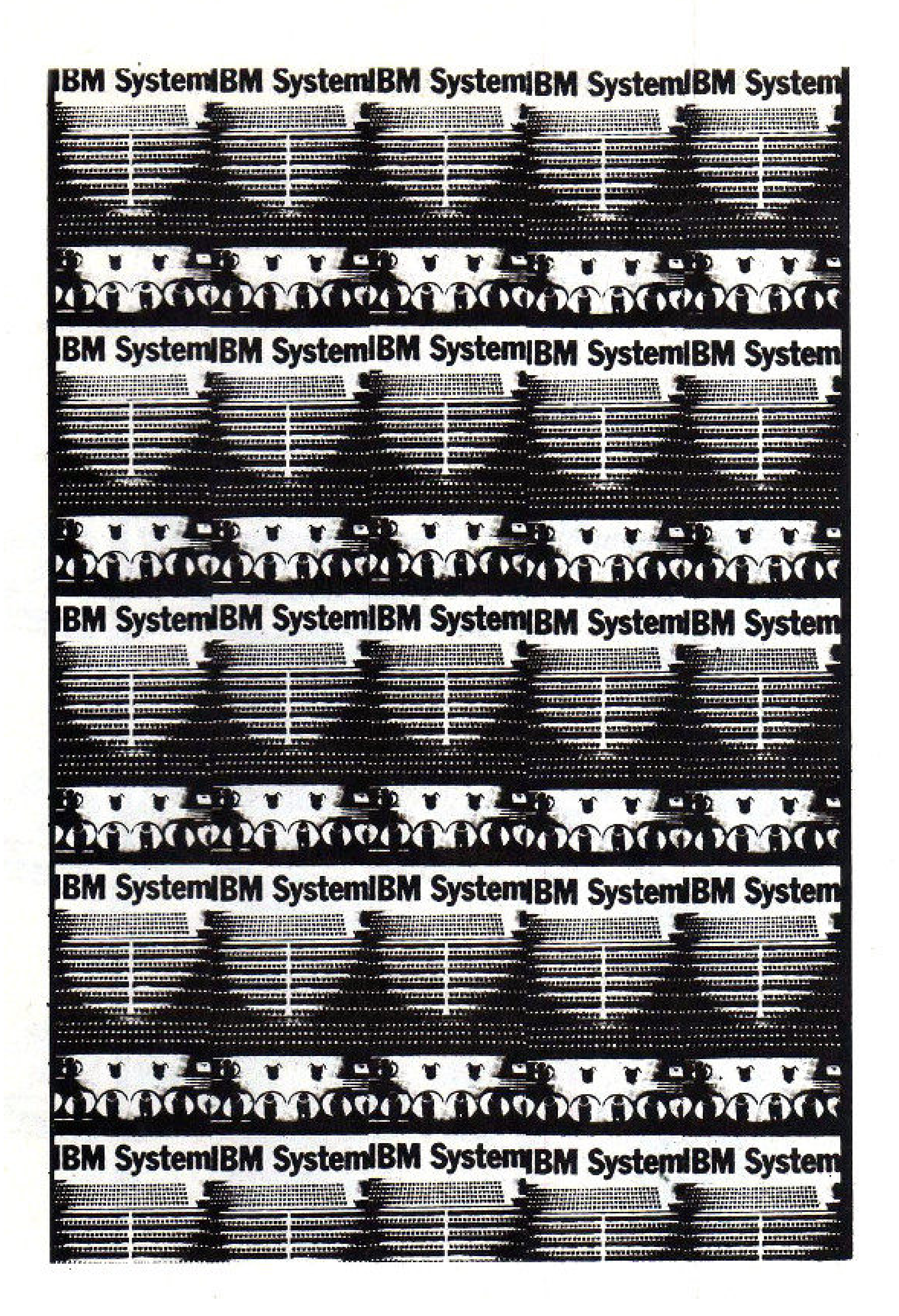
—Ándele —propuso otra voz que venía desde mucho más al norte—, ya se acabó el round de estudio y a ver si entran a fajarse, cuates.

El locutor parecía estar esperando, y los demás también, porque hubo un gran silencio y entonces:

—El Tribunal declara que en el caso de la junta militar presidida por el general Pinochet en Chile, ésta se encuentra en una situación de completa violación del derecho internacional y no merece ser considerada miembro integrante de la comunidad integrada de las naciones;

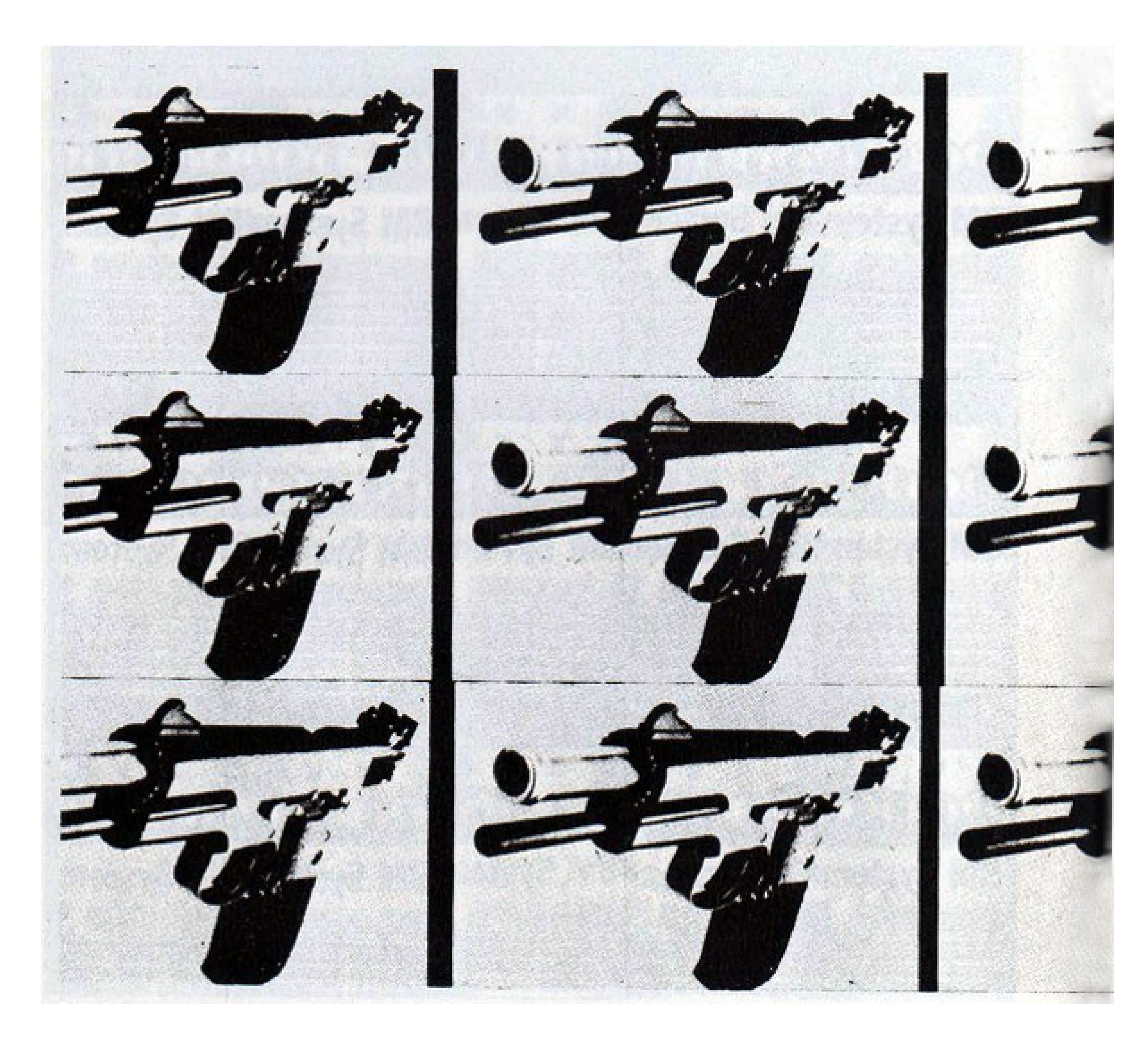
Condena a los gobiernos de los Estados que alientan tales procederes;

Condena por este hecho a los Presidentes Nixon y Ford, a los gobernantes de los Estados Unidos de América y especialmente al señor Henry Kissinger, cuya responsabilidad en el golpe fascista de Chile es evidente para el Tribunal, juzgando sobre los documentos publicados en los Estados Unidos.


IBM System IBM System IBM System IBM System IBM System
IBM System IBM System IBM System IBM System IBM System
IBM System IBM System IBM System IBM System IBM System
IBM System IBM System IBM System IBM System IBM System
IBM System IBM System IBM System IBM System IBM System

El narrador entendió que también le correspondía decir algo, y alzaba elocuentemente la voz para imponerse a la infernal turbamulta telefónica cuando se vio rodeado de vidrios rotos y en medio de ese granizo la máscara blanca de Fantomas cómodamente sentado en el suelo al término de un aterrizaje digno de la Nasa. Pegado al teléfono, lo cual era un hándicap considerable, el narrador articuló la primera parte de una puteada que comprendía diversas cláusulas y pasajes, pero había algo en los ojos de Fantomas que lo llamó al silencio.

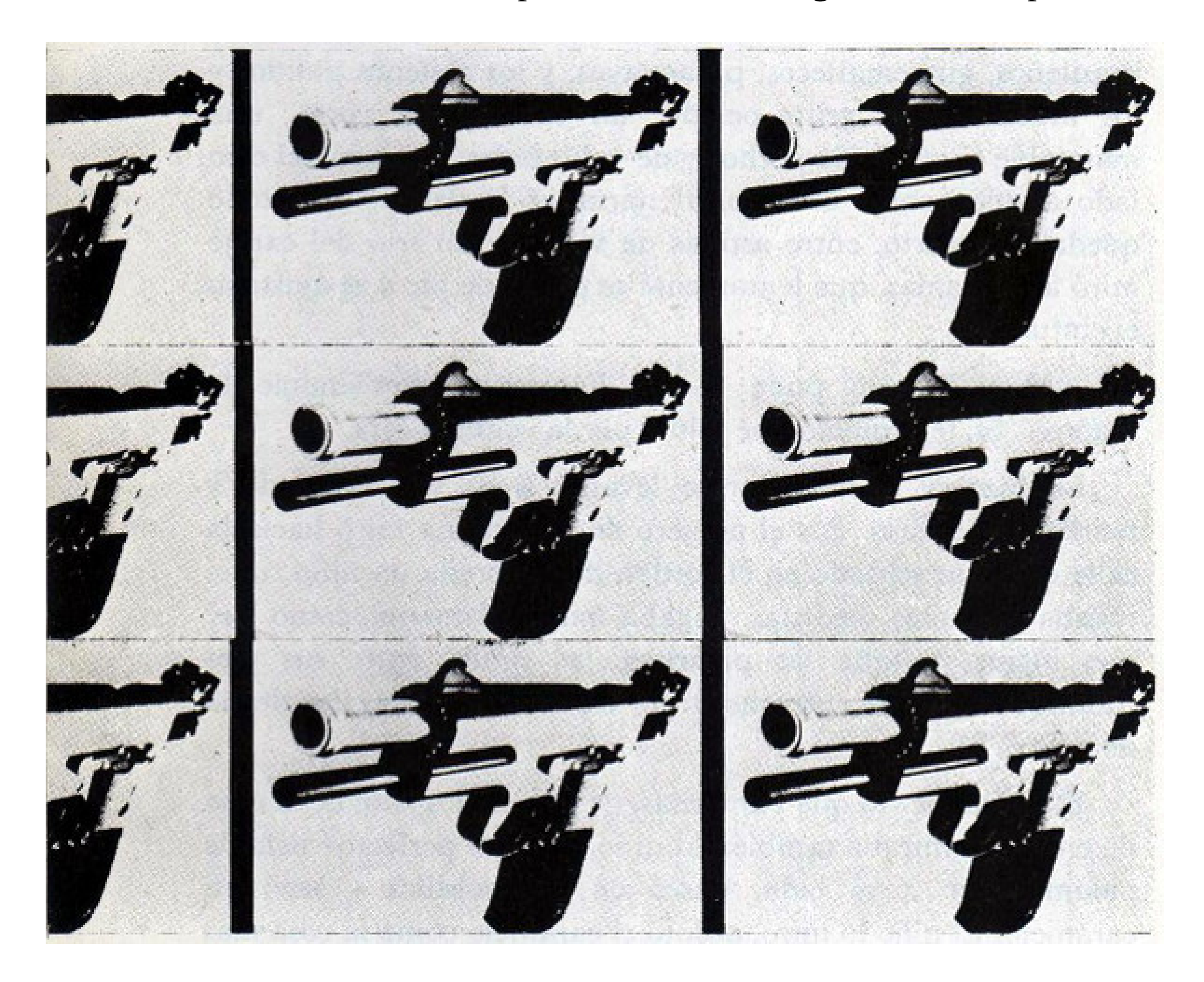
Me pregunto si no tenían razón, intelectuales de mierda —dijo Fantomas—, días y días de acción internacional y no parece que las cosas cambien demasiado.



—Dile que estuvo muy bien —aconsejó Susan, a quien no podía habérsele escapado el estallido de la ventana—, dile que es un buen comienzo y que ojalá otros comprendan.

—Estuviste fenómeno, negro —dijo la voz argentina—, claro que hay otros que comprenden, leé los diarios y vas a ver.

—Los diarios no dicen nada de nosotros —dijo una voz que parecía venir de una mina de estaño—, pero todo se sabe alguna vez, compañeros.



—Lo bueno de las utopías —dijo claramente una voz afrocubana que resonaba como un cascabel—, es que son realizables. Hay que entrar a fajarse, compañero, del otro lado está el amanecer, y yo te planteo que…

Fantomas había bajado la cabeza, pero la máscara blanca no impidió que el narrador viera una lenta, hermosa sonrisa que era como un inventario de dientes blanquísimos. Del hueco sonoro venían voces, acentos, gritos,

llamadas, afirmaciones, noticias; se sentía como si muchedumbres lejanísimas se juntaran en el oído del narrador para fundirse en una sola, incontenible multitud. Frases sueltas saltaban con acentos brasileños, guatemaltecos, paraguayos, y los chilenos pulidos y los argentinos a grito pelado, un arco iris de voces, una inatajable catarata de pechos y de voluntades. Cuando del otro lado alguien colgó el tubo, al narrador le pareció que todo quedaba desierto, entre astillas de vidrio y un frío del carajo miró a Fantomas, que lentamente se ponía de pie y se ajustaba el cinturón.

—Hice lo que pude —dijo Fantomas, tendiéndole la mano—. Sí, te prometo que saldré por la ventana rota.

Lo hizo, y el narrador se levantó a su vez, mareado y rendido y confuso. Por el agujero de la ventana miró hacia la calle desierta; sentado en el cordón de la vereda un niño rubio jugaba con unas piedritas. Jugaba muy seriamente, como hay que jugar, juntaba las piedritas, las tiraba entre sus pies tratando de que se entrechocaran, volvía a juntarlas, las tiraba de nuevo.

El narrador vio que Fantomas, de pie en el tejado de la casa de enfrente, miraba también al niño. Con un perfecto vuelo de paloma bajó a su lado, buscó en sus bolsillos y sacó un caramelo. El niño lo miró, aceptó el caramelo como la cosa más natural, e hizo un gesto de amistad. Fantomas se elevó en línea recta y se perdió entre las chimeneas.

El niño siguió jugando, y el narrador vio que el sol de la mañana caía sobre su pelo rubio.

APÉNDICE

El Tribunal Russell II, del que se habla en esta historieta, es la prolongación del Tribunal Russell I, creado a iniciativa del famoso pensador inglés Bertrand Russell para investigar los crímenes cometidos por las tropas norteamericanas en Vietnam. Reunido en dos ocasiones (Roma, abril de 1974, y Bruselas, enero de 1975), el Tribunal Russell II se dedicó a investigar la situación imperante en diversos países de América Latina, y habrá de reunirse nuevamente para completar sus trabajos referentes a las múltiples violaciones de los derechos humanos y de los derechos de los pueblos en Brasil, Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay y otros países del continente latinoamericano.

En la reunión de Bruselas, el Tribunal Russell estuvo constituido de la manera siguiente:

Presidente:	
Lelio Basso	Senador de la Izquierda Independiente Italiana
Vice-Presidentes:	
Vladimir Dedijer	Historiador yugoslavo
Gabriel García Márquez	Escritor colombiano
François Rigaux	Profesor de Derecho Internacional Universidad Católica de Louvain

Albert Soboul	Profesor de la Sorbona
Miembros:	
Juan Bosch	Ex Presidente de la República de Santo Domingo
George Casalis	Teólogo protestante
Julio Cortázar	Escritor argentino
Giulio Girardi	Teólogo católico
Uwe Holtz	Miembro del Partido Social Demócrata Alemán
	Miembro del Parlamento de la RFA
Alfred Kastler	Premio Nobel de Física
John Molgaard	Miembro del Partido Social Demócrata Danés, Dirigente Sindical
James Petras	Profesor de Sociología de la Universidad de Nueva York
Pham Van Bach	Presidente de la Comisión de Investigación de los Crímenes Norteamericanos de Guerra en Vietnam
Laurent Schwartz	Matemático
Alberto Tridente	Secretario Nacional de la FLM (Italia)
Armando Uribe	Profesor de Derecho Internacional y ex Embajador de Chile en Pekín

En el curso de sus audiencias, el Tribunal escuchó numerosos informes y testigos, y consultó una abundante documentación escrita y audiovisual. Basándose en esos antecedentes, el Tribunal comprobó:

A—Violación de los derechos del hombre y de los derechos de los pueblos.

1—Que, lejos de disminuir, después de pronunciada su primera sentencia la represión no ha dejado de intensificarse en el Brasil, en Chile, en Bolivia y en Uruguay; que la parte resolutiva de esta primera decisión, a saber, que los gobiernos de estos cuatro Estados son culpables de

violaciones graves, repetidas y sistemáticas de los derechos del hombre, ha sido confirmada por las informaciones complementarias presentadas ante el Tribunal;

2—Que se han aportado pruebas concordantes y concluyentes de que el Estado de derecho ha sido sistemáticamente destruido y que las libertades civiles y políticas, así como los derechos sociales y sindicales, han sido suprimidos en los siguientes países: Guatemala, Haití, Paraguay y República Dominicana; en consecuencia, hay mérito para extender a los gobiernos de estos cuatro países la condena ya formulada contra el Brasil, Chile, Bolivia y Uruguay;

3—Que se ha formulado una denuncia formal de violación de los derechos del hombre en Nicaragua y en la República Argentina; que atentados políticos que llegan hasta el asesinato son cometidos por o con la complicidad de las autoridades de la República Argentina y que el Tribunal se ha alarmado particularmente por la situación creada a los refugiados políticos en este último país;

4—Que el gobierno de los Estados Unidos, así como las autoridades puertorriqueñas que obedecen a sus órdenes, violan la Resolución 1514 (XV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas del 14 de diciembre de 1960, según la cual debía efectuarse, sin condiciones ni reservas, el paso inmediato de todos los poderes a los pueblos que no han obtenido su independencia, y que también son violadas las resoluciones relativas a Puerto Rico, adoptadas en 1972 y 1973 por el Comité Especial de descolonización creado por esta misma Asamblea;

5—Que: se ha verificado la contaminación de los recursos naturales, el deterioro ecológico y la esterilización de las mujeres en diversos países de América Latina, imputables a la persecución desenfrenada de beneficios por parte de las empresas multinacionales norteamericanas, todo lo cual es particularmente grave y sistemático en Puerto Rico;

6—Que en los últimos veinticinco años, e incluso recientemente, las fuerzas gubernamentales de Colombia han asesinado a dirigentes campesinos y a estudiantes, y que los campesinos son arrestados en gran número. Además, los prisioneros son detenidos en forma irregular y mantenidos en condiciones materiales deplorables.

Estos hechos, que atentan contra los derechos humanos son cometidos dentro del marco de mecanismos políticos tales como la militarización permanente de varias regiones de Colombia, utilizando el estado de sitio y otras medidas legales excepcionales.

La aplicación de esas medidas legales nace de la presión de los intereses privados norteamericanos, que buscan explotar las riquezas naturales del pueblo de Colombia, entre ellas el carbón, el níquel y el gas;

7—Que las comunidades indígenas de la América Latina, primeras víctimas de la agresión colonial, continúan sometidas a un régimen discriminatorio en el interior de pueblos globalmente reprimidos, bajo la presión y en el interés de las empresas privadas, multinacionales y locales; que el crimen de genocidio, en este punto, debe estimarse imputable al gobierno brasileño, en vista de pruebas precisas y circunstanciadas puestas a disposición de este tribunal; que la integridad de algunas comunidades indígenas de Colombia se encuentran en peligro por atentados que el gobierno no castiga.

B—Las causas económicas de la violación de los derechos del hombre y del derecho de los pueblos.

El tribunal ha comprobado que los Estados Unidos de América y las empresas extranjeras que ejercen actividades en América Latina, por intermedio de filiales o de sociedades sobre cuyo capital y operaciones ejercen un control dominante —y entre las cuales las más fuertes y más numerosas son norteamericanas— han tenido y tienen, con la complicidad de las clases opresoras de América Latina, una intervención permanente a fin de asegurarse los más altos beneficios económicos y la dominación estratégica. Tal intervención se traduce:

—en la presencia masiva de sociedades multinacionales en la mayoría de los países de América Latina; sociedades cuyos centros de decisión se hallan fuera de esos países y cuya sola presencia, teniendo en cuenta su importancia, constituye un atentado a la autonomía del país receptor;

—en el saqueo de las riquezas naturales de estos países, de su suelo, de su medio ambiente, de sus materias primas, de su mano de obra, de sus

recursos intelectuales y también de los capitales creados por el proceso de acumulación interna;

—en el hecho de que estas empresas obtienen de los gobiernos locales que éstos paguen los gastos de infraestructura necesarios a su actividad;

—en la importación forzada de la tecnología, que impide la existencia de una investigación y de un desarrollo nacionales y grava fuertemente la balanza de pagos, con la remisión de derechos de patentes y regalías;

—en la exportación de una gran parte de los sobrebeneficios realizados, o en la inversión interna, gracias a exenciones fiscales muy favorables, que les permite expandir su dominación sobre nuevos sectores económicos;

—en la utilización, necesaria a este proceso de explotación, de una oligarquía local y de un gobierno controlado por ella para mantener los salarios a un nivel bajo, imponer condiciones de trabajo inhumanas y coartar por todos los medios el ejercicio de los derechos sindicales, de asociación y de huelga, por parte de los trabajadores, utilizando para impedirlo la represión e inclusive el asesinato;

—en el deterioro constante de la distribución de la renta y la reducción del poder de compra de los salarios, que permiten acrecentar la acumulación incontrolada del capital, de tal forma que, contrariamente a los que la propaganda de tales gobiernos y de esas empresas pretende, las condiciones de vida de los pueblos, lejos de mejorar, sufren un proceso de pauperización constante y, en algunas regiones, de pauperización absoluta, al mismo tiempo que aumentan las utilidades de las empresas;

—en la utilización de los países y de los pueblos de América Latina en función de las necesidades de los Estados Unidos de América y el establecimiento, en esta perspectiva, de producciones orientadas hacia el mercado exterior, o al consumo de las clases privilegiadas, o de producciones destructoras del medio ambiente;

—en la constante oposición a toda tentativa de los pueblos para apropiarse de los instrumentos de su desarrollo, oposición que se ejerce por medio de la utilización abusiva del poder económico, a través de la reducción de los aportes financieros internacionales, la obstrucción de los suministros, el bloqueo, el entorpecimiento de las exportaciones, el embargo y otros procedimientos judiciales en el extranjero, el auto-sabotaje

de grupos extranjeros presentes en el país, el financiamiento de “huelgas” patronales, la obstrucción de la actividad legislativa, el financiamiento de grupos reaccionarios (prensa, partidos políticos, ejército) y aun la intervención directa. Es con esta intervención directa, incluso militar, que la “Ley sobre el Comercio”, firmada el 3 de enero de 1975 por el Presidente de los Estados Unidos, amenaza a los pueblos que intenten usar de su derecho a disponer de sus riquezas naturales y de su derecho a la soberanía económica.

De lo recién expuesto se concluye:

—que las empresas norteamericanas organizan en su provecho el saqueo de los recursos de toda índole de la América Latina y las violaciones de los derechos fundamentales del hombre que acompañan este saqueo;

—que es su voluntad y su estrategia impedir el desarrollo económico de los países latinoamericanos y su control por los pueblos, cuya dominación total procuran obtener;

—que el gobierno norteamericano y las oligarquías locales son coautores de ese pillaje, de esas violaciones de los derechos y de esta estrategia, así como de sus consecuencias.

Todos estos hechos constituyen violaciones específicas: Del derecho de los pueblos a la autodeterminación;

Del derecho de los pueblos a disponer de sus riquezas naturales:

Del derecho de los pueblos a la no-intervención en sus asuntos internos;

Del derecho de los pueblos al progreso económico, social y cultural;

Del derecho de los pueblos a la plena participación en el proceso y en las ventajas del desarrollo;

Del derecho de los pueblos a escoger libremente su sistema económico y social;

Del derecho de los pueblos a un precio justo y equitativo de las materias primas;

Del derecho de cada pueblo a recuperar su soberanía permanente sobre sus recursos naturales;

Del derecho y del deber de todo Estado de eliminar el neocolonialismo y cualquier otra forma de ocupación y de dominación, así como sus consecuencias económicas y sociales; derechos todos proclamados por las

Naciones Unidas, que constituyen en su conjunto un sistema coherente de derecho internacional.

Por todos estos motivos
EL TRIBUNAL

Sobre los derechos del hombre:

Recuerda que en su sesión de Roma declaró culpables de violaciones graves, repetidas y sistemáticas de los derechos del hombre a las autoridades de facto que ejercen el poder en Brasil, Chile, Uruguay y Bolivia y confirma esta condena;

Además, teniendo en cuenta la magnitud de las referidas violaciones, declara que constituyen, tomadas en conjunto, un crimen contra la humanidad, perpetrado en cada uno de esos cuatro países por las mismas autoridades de hecho;

Declara hoy día culpables, en las mismas condiciones, a las autoridades de hecho que ejercen el poder en Guatemala, Haití, Paraguay y la República Dominicana;

Declara culpable al gobierno del Brasil del crimen de genocidio;

Los elementos complementarios de información presentados al Tribunal, le permiten sostener, además, que los derechos sociales y sindicales, las libertades de asociación y de sindicación han sido sistemáticamente destruidos en los citados países.

En lo que concierne a la República Argentina, el Tribunal expresa su profunda inquietud por los arrestos, persecuciones, torturas y asesinatos de militantes, de obreros y profesionales, como también de refugiados políticos sudamericanos, y decide abrir inmediatamente una encuesta para establecer la amplitud de la responsabilidad del gobierno argentino a este respecto.

Sobre los derechos de los pueblos:

Declara atentatorio a la soberanía y a los derechos de los pueblos las actividades de las sociedades multinacionales;

Declara que las actividades de las sociedades multinacionales y de otros inversionistas extranjeros en países de América Latina, justifican su

nacionalización, ya sea sin indemnización, a título de sanción, o bien deduciendo de ella los beneficios excesivos;

Declara igualmente que los pagos de indemnizaciones efectuados a las sociedades multinacionales por los gobiernos ilegítimos y represivos en contradicción con la ley que norma el acto de nacionalización y el derecho de los pueblos, carecen de toda validez y generan una responsabilidad imprescriptible para quienes han recibido tales pagos y para quienes los han efectuado.

Denuncia las tentativas hechas por las sociedades multinacionales para hacerse reconocer la calidad de sujetos del derecho internacional; declara que éstas deben estar sometidas exclusivamente a las jurisdicciones nacionales y que el establecimiento de jurisdicciones especiales y comunes a los Estados y a las empresas multinacionales es contrario al derecho internacional;

Declara que algunas entre ellas han llegado a ser coautoras de golpes de Estado fascistas, como es el caso de la I.T.T. en Chile;

Condena a las personas y autoridades que se han apropiado del poder por la fuerza y que lo ejercen despreciando los derechos de sus pueblos;

Condena por estos cargos a las personas que ejercen actualmente el poder en el Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay, Guatemala, Haití, Paraguay y la República Dominicana;

El Tribunal declara que, en el caso de la Junta Militar presidida por el general Pinochet en Chile, ésta se encuentra en una situación de total violación del derecho internacional y no merece ser considerada como parte integrante de la comunidad organizada de Naciones;

Condena al gobierno de los Estados Unidos que alienta o favorece tales hechos: condena por tanto al presidente Nixon, que los ordenó, y al presidente Ford, que los justifica y continúa, y a los gobernantes de los Estados Unidos y, más particularmente, al señor Henry Kissinger cuya responsabilidad en el golpe de Estado fascista en Chile es evidente para el Tribunal, en vista de los documentos publicados en los Estados Unidos mismos.

EL TRIBUNAL

Exige la liberación inmediata de todas las personas detenidas por sus actividades y por sus opiniones políticas.

Manifiesta su viva preocupación frente a las violaciones del derecho internacional y de los derechos de los pueblos en Colombia; subraya el papel de los intereses extranjeros en estas violaciones y declara su intención de proceder a una investigación completa por todos los medios apropiados y posibles, incluso el envío de una comisión ad-hoc, a fin de pronunciarse definitivamente en su tercera sesión sobre la situación de ese país y la responsabilidad de su gobierno.

Declara, igualmente, en el caso de Nicaragua, que procederá a efectuar investigaciones suplementarias en el curso de la próxima sesión.

En el curso de esa sesión habrá también que determinar con mayor precisión:

—la naturaleza y el alcance de las intervenciones militares y policiales de los Estados Unidos de Norteamérica en América Latina, así como las del Brasil;

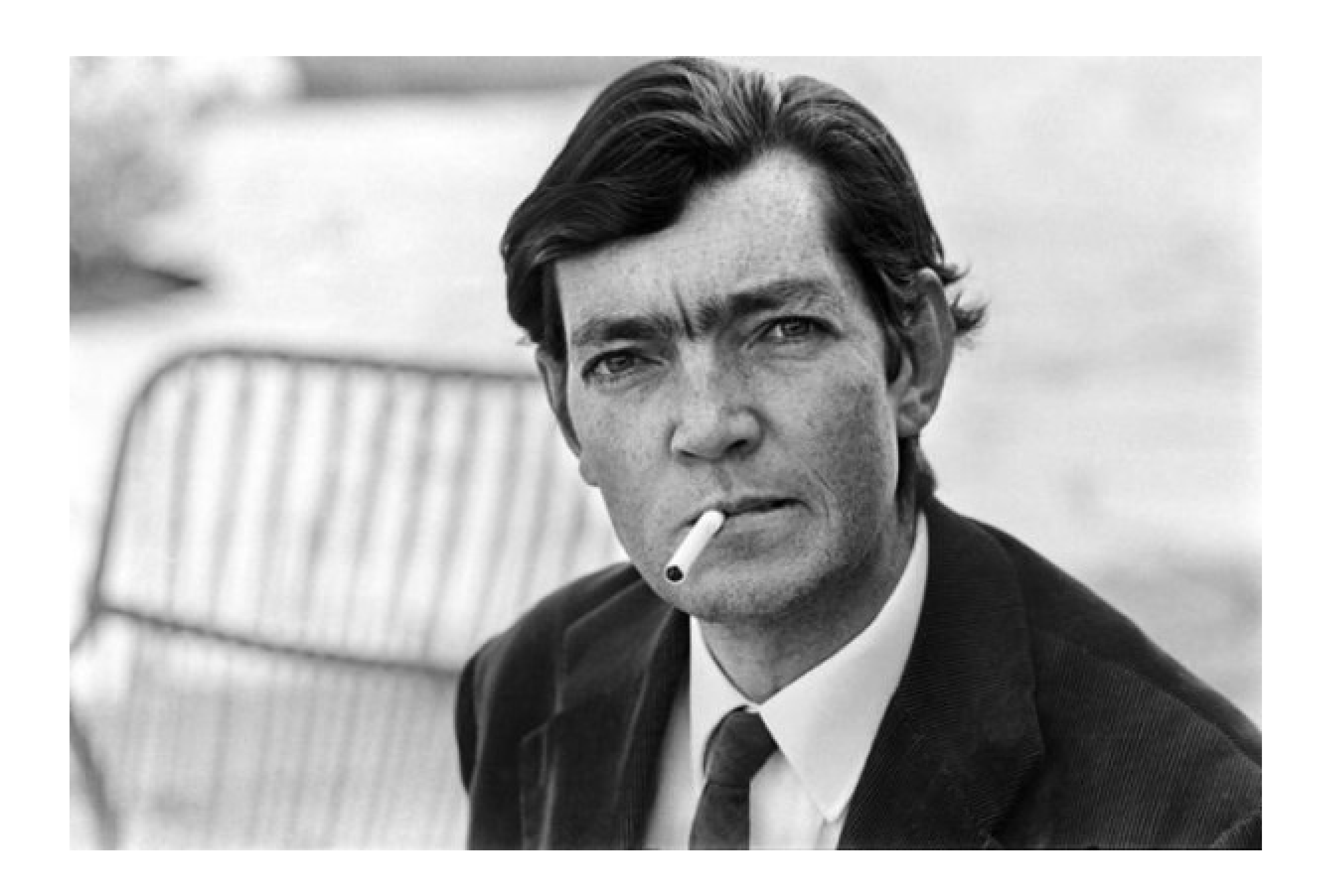
—la influencia de la formación militar adquirida por miembros de los ejércitos latinoamericanos en las escuelas de guerra de los Estados Unidos;

—el papel de las sociedades multinacionales en el proceso de desculturización de los pueblos latinoamericanos;

—la naturaleza de los lazos de interdependencia entre las autoridades políticas y los poderes económicos privados, para determinar el centro de gravedad de las responsabilidades.

EL TRIBUNAL

Acuerda que una copia de esta decisión sea remitida a las autoridades nacionales e internacionales incluidas en la sentencia. ■



JULIO CORTÁZAR es uno de los escritores argentinos más importantes de todos los tiempos. Nació el 26 de agosto de 1914 en Bruselas, mientras su padre encabezaba una misión económica en la embajada argentina en Bélgica. Al finalizar la guerra, la familia regresó a la Argentina y se instaló en Banfield.

Cursó estudios de magisterio en la Escuela Normal Mariano Acosta de Buenos Aires, donde más tarde obtuvo el título de profesor normal en Letras. Entre 1937 y 1939, trabajó como docente en varias ciudades del interior; publicó con seudónimo la colección de poemas *Presencia*, y escribió sus primeros cuentos. En 1944, comenzó a dictar cursos de literatura francesa y de Europa septentrional en la Universidad de Cuyo, en Mendoza.

Realizó la carrera de traductor, escribió las novelas *Divertimento* y *El examen*, (editadas en 1986); de esta última formaba parte *Diario de Andrés*

Fava, texto que Cortázar decidió excluir de la obra y que aparecería recién en 1995.

En 1944, Borges dio a conocer «Casa tomada», su primer cuento. En 1949, publicó *Los reyes*.

En 1951, obtuvo una beca que le permitió viajar a París, desde donde desarrolló una obra literaria única dentro de la lengua castellana. Ese mismo año apareció en Buenos Aires *Bestiario*, su primera colección de relatos.

Ya en Francia, Cortázar publicó algunos de los cuentos más perfectos del género en sus libros *Bestiario*, *Final del juego* (1956, y con nuevos cuentos en 1964), *Las armas secretas* (1959), *Historias de cronopios y de famas* (1962) y *Todos los fuegos el fuego* (1966), y un ciclo de novelas: *Los premios* (1960), *Rayuela* (1963) —que conmocionó el panorama cultural de su tiempo y marcó un hito insoslayable dentro de la narrativa contemporánea— y *62/ Modelo para armar* (1968).

Posteriormente, se conocen *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), *Último round* (1969), *Libro de Manuel* (1973), *Octaedro* (1974).

A fines de 1973, Cortázar recibió amenazas de la triple A, hecho que le imposibilitó regresar al país. Reconocido como escritor universal, Cortázar continuó su obra: *Alguien que anda por ahí* (Madrid, 1977), *Un tal Lucas* (1979), *Queremos tanto a Glenda* (México, 1980), *Deshoras* (Madrid, 1982), y desarrolló una literatura de compromiso con Latinoamérica.

En 1983, con la recuperación de la democracia, viajó a la Argentina.

Murió en París el 12 de febrero de 1984.

Notas

[1] El lector interesado en conocer detalles sobre este tribunal los encontrará en el Apéndice. Un consejo amistoso: lea el apéndice al final, para qué apurarse si aquí todo va de lo más bonito. <<